

H. W. LONGFELLOW

EVANGELINA

CUENTO DE LA ACADIA

TRADUCIDO DEL INGLÉS

POR

JOSÉ TORIBIO MEDINA



SANTIAGO DE CHILE

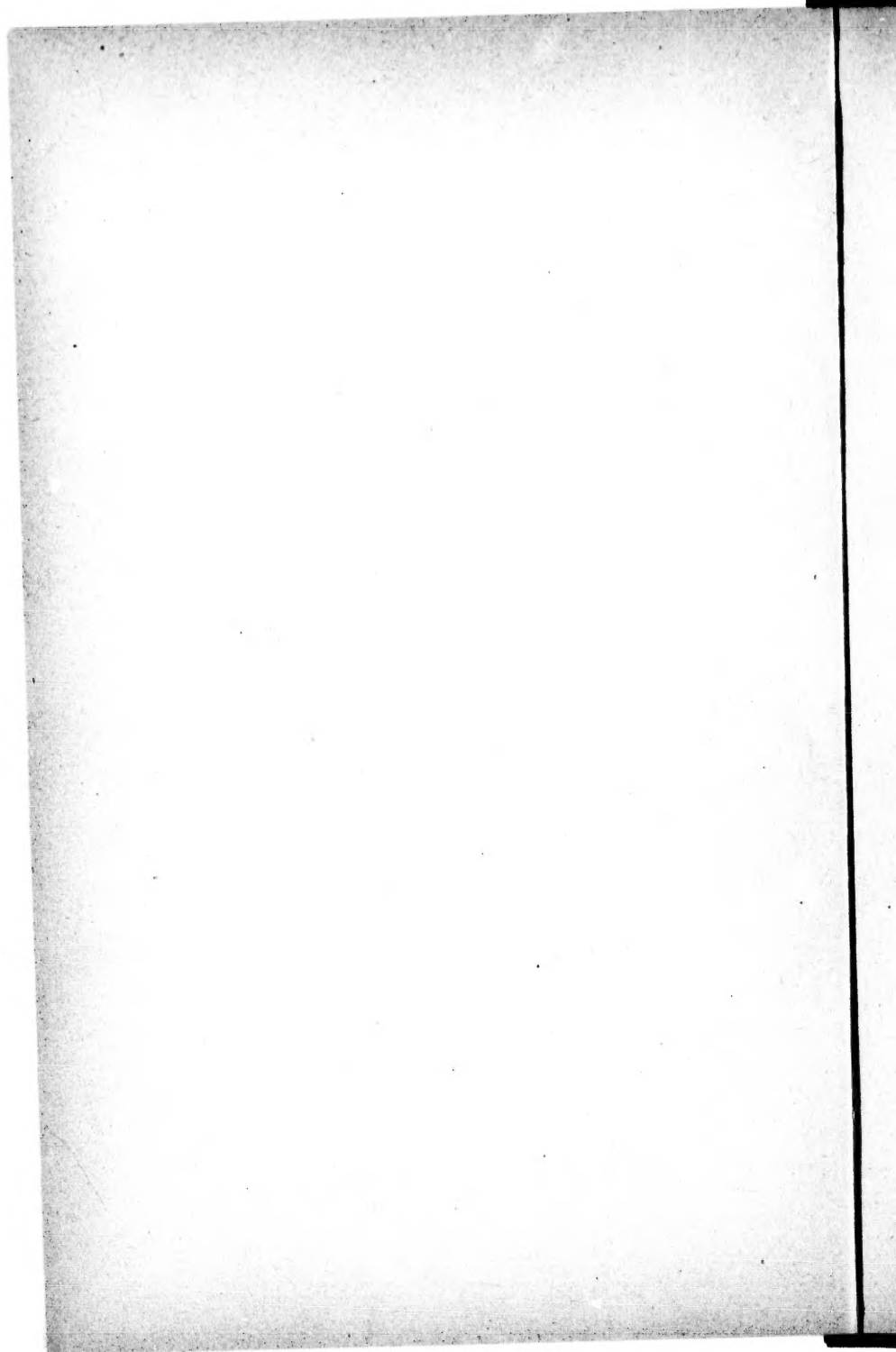
IMPRESA ELZEVIANA

MDCCCXCIX

389
640

EVANGELINA





H. W. LONGFELLOW

"

EVANGELINA

CUENTO DE LA ACADIA

TRADUCIDO DEL INGLÉS

FOR

JOSÉ TORIBIO MEDINA



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA ELZEVIANA

MDCCCXIX

PS2263
A68M4
1899

231975
16



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

I

HACE más de veinte años que salió á luz este sencilló cuento de amor: nueva perla añadida á la corona que la poesía del sentimiento ha logrado conquistarse en la literatura de los pueblos cultos. Veinte años también de aplausos y de admiración han ido á depositar sus homenajes á los pies del cantor

de Evangelina, y los laureles con que sus contemporáneos han ceñido su frente no se marchitarán con el transcurso de los siglos: Evangelina será inmortal! La historia de un pueblo pacífico y feliz en el que todos eran como hermanos; la pintura de una naturaleza joven y vigorosa; los sentimientos religiosos proclamados como luz vivificadora en todas las adversidades de la vida; el amor puro, sincero, constante, como fuente de todos los goces; la caridad para con los demás: he aquí las bases que ha elegido Longfellow para el desarrollo de su poema.

II

Nos hallamos con el poeta en medio de la floresta, que conserva aún la lozanía de su primera edad:

los árboles corpulentos, la ausencia de toda huella por la yerba, que crece libremente; el silencio que reina, turbado sólo por los misteriosos ruidos de la soledad y por las voces de los pobladores que allí colocara el Criador: todo lo anuncia: es la floresta primitiva! Bajo su sombra un pueblo de costumbres inocentes, restos de la edad de oro, habitaba libremente en otro tiempo; pero ya no quedan ni rastros de las pintorescas cabañas de pajizos techos: sus dueños de antaño han ido a morir en el destierro!

El marco de la tela que se nos va a mostrar lo forman las majestuosas escenas de una naturaleza privilegiada, los actores que aparecen son todo un pueblo, y sus puntos luminosos, fe, esperanza y caridad.

Si queremos descubrir el secreto del drama que allí se verificó, es

necesario dejar el escepticismo, la loca incredulidad, la precoz indiferencia; es una historia de amor y para los que ya no creen en él nada vale. Se nos va á iniciar en los misterios de un corazón que ha amado, que ha llorado y esperado; sin creencias, no lo comprendereis, sin esperanzas, perderá su encanto, y sólo para el que sufre será un consuelo que aliviará sus penas y le enseñará á resignarse.

III

Gabriel y Evangelina crecieron juntos: una misma voz les había enseñado á conocer las letras, con los mismos infantiles juegos se entretenían cuando niños, un mismo amor se había adueñado de ellos cuando jóvenes, y una mis-

ma suerte les reservaba también el destino.

Ya la promesa de matrimonio contraída les hacía saborear anticipadamente las delicias que un dulce lazo había de procurarles. La nueva choza destinada á albergarlos estaba preparada y los graneros de la granja rebosaban con los forrajes acopiados para el invierno. Seguros de su mútuo cariño, había de servirles para lo porvenir de un poderoso lenitivo á sus pesares, y si nada nuevo cambiaba la existencia que ambos se consagraban, podían consolarse evocando los recuerdos y viviendo en el pasado de una época venturosa.

Las desgracias comenzarían bien pronto. Los ingleses, los amos de la comarca, dispusieron á ese tiempo que los habitantes de la aldea marchasen al destierro, destierro que

nunca terminaría. Después de incendiar la aldea, embarcan á toda prisa á los sencillos colonos, y en medio del trastorno, los padres son separados de las hijas y el novio de la novia. Agobiado por el pesar y por la atroz injusticia, al ver todos sus bienes destruidos, al alejarse de la tierra que le vió nacer, sin esperanza de vuelta, el anciano padre de Evangelina sucumbe antes de partir. Huérfana, Feliciano, el cura de la aldea, será en adelante su padre y su amigo. Pero Gabriel no está con ella! Ahora que se ven distantes es necesario buscarse y llenar el vacío que cada uno siente dentro de su alma. Gabriel, en la aparente tranquilidad de sus tareas de labrador, lleva grabada una imagen que siempre recuerda; todos sus pensamientos son para ella y de todo lo que le rodea no hay nada que le

agrade. Necesita extinguir con la vida agitada del cazador todos los tormentos que sufre, lanzarse en medio de los peligros y buscar en los lejanos viajes noticias de su amada.

No hay nada que haya hecho olvidar á Evangelina sus juramentos de un primer amor; es inútil que otros la soliciten si á Gabriel ha dado su corazón y para él ha de ser su mano. Se deja así llevar por los ríos de rápida corriente, atraviesa las inmensas soledades del desierto, recorre las capitales, asiste á los campos de batalla, guiada por vagos rumores, en busca de su prometido. Y cuando al fin da con Basilio, el padre de Gabriel, le aguarda la triste nueva de que ha partido. Siguiendo sus huellas, hay tardes en que á la distancia ve humear el fuego de su campamento; al otro día cuando llega, sólo halla tizones me-

dio consumidos. Desengañada, sin esperar ya nada para sí, consagra su vida á los demás; su mano compasiva humedece la encendida frente y los labios del enfermo, y más de uno de los que yacen postrados, al ver su rostro angelical, se figuran ya divisar la luz del cielo que se abre para ellos. Cierta día en una de las salas, tendido en su lecho divisa á un anciano próximo á expirar: es Gabriel: la ha reconocido y no puede hablarla; bien pronto, con la cabeza recostada en el regazo de Evangelina, exhala el último suspiro, que su amada recoge en un primer beso de desposada.

Nos hallamos otra vez en la floresta primitiva. Los aldeanos de la Acadia que conocimos han desaparecido, y sólo los descendientes de algunos que volvieron á su tierra natal, ocupada por extraños, repi-

ten por las tardes, junto al fuego del hogar, la historia de Evangelina.

IV

Evangelina, lo hemos dicho, no es sólo la pintura de una pasión con sus deseos, sus ansias y sus decepciones; no es un drama aislado elegido entre los mil que se presentan en la vida real ó á la imaginación del poeta: se trata de la historia de todo un pueblo al cual el mundo ha destinado una página de sus anales. Longfellow nos hace asistir á la vida de ese pueblo, presenciamos sus tareas diarias y aspiramos la paz que reina en sus hogares. Es un hermoso contraste el que se ofrece á nuestra vista que, cansada del bullicio y continua agitación de las pobladas y mercantiles ciudades, va

á buscar un momento de reposo en esa dichosa tierra en que todos vivían como hermanos. Una vez que lo conocemos, su suerte no puede ya sernos indiferente; la injusticia de que es víctima despierta nuestra indignación, y experimentamos con él el dolor y tristeza que cubre de luto su alma con el incendio de las moradas en que crecieron sus hijos; nos figuramos la desesperación que sienten al verse los unos separados de los otros, y los tristes adioses dados al suelo patrio al partir para el destierro nos impresionan vivamente. Cuando ya dispersos buscan al traves de las soledades del desierto, de los bosques enmarañados y oscuros á sus familias ó á un amigo, es la misma la fatiga que nos acosa, los mismos los recuerdos que nos abruman.

V

Los hondos gemidos del mar, los ríos con su rápida corriente, las montañas con sus nieblas y sus cumbres iluminadas por el sol, el susurro del viento en los árboles, las voces de los habitantes de las selvas, los ruidos misteriosos de la soledad, la luz de la luna iluminando el paisaje que cubre de fantásticas visiones, todas las escenas campestres á que ha asistido el poeta y que han dejado una huella imprecadera en su alma apasionada de lo bello, han sido retratadas por él fielmente en sus versos. El mismo entusiasmo con que admira el esplendor de una naturaleza virgen presta á sus descripciones un colorido sin igual y que sorprende por la exactitud de sus líneas. No nece-

sitamos haber divisado alguna vez las praderas ilimitadas como el mar, ni sus millares de flores, para celebrar el hermoso espectáculo que se presenta al viagero que con ojos atónitos contempla las magnificas obras del Criador.

VI

La majestad de estas descripciones imprime á la obra de Longfellow cierto aire de imponente grandiosidad que, combinada con los sublimes dictados de la caridad, hacen que su lectura, más que un puro pasatiempo, sea una fuente fecunda de enseñanzas. El sacerdote católico, el verdadero patriarca del pueblo que lleva la luz á las inteligencias y la paz al corazón, con todos sus heroísmos y con todos

alguna vez
omo el mar,
s, para ce-
táculo que
e con ojos
magnificas

descripcio-
de Longfe-
nente gran-
da con los
la caridad,
nás que un
una fuente
. El sacer-
ro patriarca
luz á las in-
orazón, con
y con todos

los sacrificios y desvelos del apóstol, se mueve á nuestra vista. El padre Feliciano tiene siempre en los labios una palabra de aliento para Evangelina desfallecida, una mano amiga que tender á la huérfana que marcha solitaria por los ásperos senderos de una ruda existencia. Cuando la pobre joven va perdiendo sus esperanzas, cuando ve que el viento se las lleva como las flores secas que se esparcen por los arenales, próxima á abandonar su tarea de amor, él la sostiene, la anima y la hace proseguir en la misión que se ha impuesto. Sus enseñanzas no tienen el autoritarismo de un maestro acostumbrado á verse acatado aún en sus errores, sinó que con la sonrisa en los labios, haciendo que cada cual se consulte en lo íntimo de su alma y busque ahí sus inspiraciones, logra que los preceptos que

proclama se inculquen en el corazón de los que le escuchan. ¿Qué verdad y qué consuelo no hay en sus palabras cuando se refiere á un amor sin esperanzas!

«No habéis de carino perdido: él nunca es perdido; si no enriquece el corazón de otro, sus aguas, volviendo de nuevo á sus manantiales, cual la lluvia, los llenan de frescura; pues lo que de la fuente sale, retorna otra vez á la fuente.»

Y cuando en medio de la exaltación producida entre los aldeanos de la Acadia por la infausta nueva de su destierro, aparece entre ellos y recurriendo á los ejemplos de una vida sin mancha, les recuerda que están en la casa de Dios que no deben profanar, que lo que la religión manda es el olvido de las injurias y el perdón; cuánto no conmueve esos corazones que se des-

hacen en lágrimas de arrepentimiento!

Longfellow tampoco ha olvidado al infatigable obrero anunciador de las verdades del Evangelio. Aquella escena en que los cansados viajeros llegan á la misión y encuentran á los convertidos indios arrodillados al pie del árbol desde cuyas ramas Cristo crucificado los mira con sus ojos moribundos, á la luz de los últimos rayos del sol, y se unen al misionero en sus oraciones de la tarde, en el solemne y augusto templo de la naturaleza, es una de las más sublimes escenas de todo el poema. Longfellow ha utilizado también mucho de lo que ofrece la poética de la religión: la torre de la iglesia, los sonidos sagrados del campanario, la sencilla hospitalidad concedida al caminante, etc.

Como del mar inagotable ha sa-

cado todas sus comparaciones de la naturaleza y del Evangelio; á cada paso, bajo la apariencia seductora del poeta, se traiciona la grave austeridad del teólogo, y hasta el nombre mismo de su heroína demuestra, como un símbolo, lo que ha de ser el libro en que figura.

VII

Con una simple ojeada se nota que los amores de Evangelina y Gabriel no ha sido lo que ha ocupado la atención preferente del poeta. Cuando ha descrito los acontecimientos ordinarios de la vida, cuando hace estremecer el alma que se siente sola en medio del espacio infinito, para idealizar el cuadro ó para dulcificar los colores, presenta á la joven hablando muy quedo de amor, por

allá aparte, ó creyendo percibir en los susurros de la brisa las palabras inarticuladas de su amante. Como no es su belleza lo que más debía hermosearla, no se detiene en describirnos menudamente su porte ó sus facciones; estaba de novia, y lo que había de cautivar al esposo serían sus hacendosos cuidados, el conocimiento de sus deberes, la fe y la constancia, enaltecidas por el sentimiento religioso. En sus penas acude á la religión y se resigna; en sus desalientos tiene fe y se salva; y, por fin, la perseverancia ha de premiar sus esperanzas.

En sus confesiones hay toda la ingenuidad de los catorce años. ¿Por qué no te casas, le dicen, con otro que Gabriel, tan hermoso como él y que te adora como él? Ah! exclama, no puedo! Si á uno he dado mi corazón ¿cómo entregaré á otro mi ma-

no? Longfellow ha tributado un verdadero culto á la religión del corazón. Dejad que la tuya sea perdida en lontananza y oscurecida por las tinieblas de la duda, brillará como el sol del mediodía. Escuchad los presentimientos que á una imagen querida se refieren y nunca vuestros temores ó esperanzas saldrán fallidos. Y esa constancia le acompañará hasta la tumba en que han de reposar juntos; nada importa que la ausencia y apartados países los dividan, si su amor por Gabriel, lejos de morir, se ha sublimado en su pecho con todo el encanto de los recuerdos de la juventud. Más que la tristeza de la ausencia, se encierra en su alma la veneración por el que ha muerto.

VIII

Los años han pasado y con ellos la lozanía y hermosura de aquella edad en que comenzó su peregrinación. Ya la fatiga abrumaba sus miembros entorpecidos por la vejez, y elevada hasta donde es dable sobre la tierra, resignada, iba á buscar en el amor hacia sus semejantes un término digno de la vida de sacrificios que había arrastrado. Comprendió que el amor exclusivo no es todo y que tras él se oculta algo más bello y sublime: la caridad. Con este motivo el poeta al describir el hospital, «la casa de los sin casa,» ofrece rasgos realmente admirables, y tomando una entonación que tiene mucho de bíblico por su forma, involuntariamente nos entristecemos con su relación.

IX

El caracter bullicioso, franco, alegre y entusiasta del buen Basilio está muy bien sostenido; es el mismo rudo herrero el que desafía la cólera de los ingleses en el templo, y el que agasajando á sus huéspedes, en medio de la fiesta, en el destierro, los hace estremecer con sólo dejar caer su mano sobre la mesa, dominado todavía por odiosas reminiscencias; el mismo golpeando la herradura sobre el yunque que haciendo resonar su cuerno de labrador para llamar á sus ganados.

¿Nos olvidaremos de René Leblanc, el narrador de aquella preciosa historia de la justicia celestial, del anciano bondadoso que refería tantos cuentos á los niños y que de sus cien descendientes sólo vió uno

á su lado al partir? No hay cosa que más agrade en un viejo, se ha dicho, que el candor de los niños: será por eso talvez que para nosotros René Leblanc es una de las figuras más simpáticas y que más nos interesa en todo el poema. Las historias de René Leblanc y de la mujer shawnee, con toda la ingenuidad de las leyendas de los pueblos no civilizados, tienen el encanto especial, cosa también observada, de trasladarnos á una época de la vida que ya pasó con sus juegos y sus inocentes sonrisas; por eso en Longfellow gustan, sin que puedan tildarse de colocadas fuera de propósito.

X

No entraremos á comparar á Evangelina con este ó aquel roman-

ce de su misma índole; tal investigación pecaría cuando menos por inoficiosa. Léase, que después no podremos menos de concluir con Ch. Brunel: «Todos los adolescentes de corazón puro á quienes esta conmovedora historia parece especialmente dirigirse; todas las madres de corazón sensible; todos los hombres de corazón recto se apresurarán á leerla, porque, en verdad, hay dos grandes cosas en este pequeño libro, el amor de la naturaleza y el amor de los hombres, lo que es, propiamente hablando, el amor de Dios.»

J. T. MEDINA.

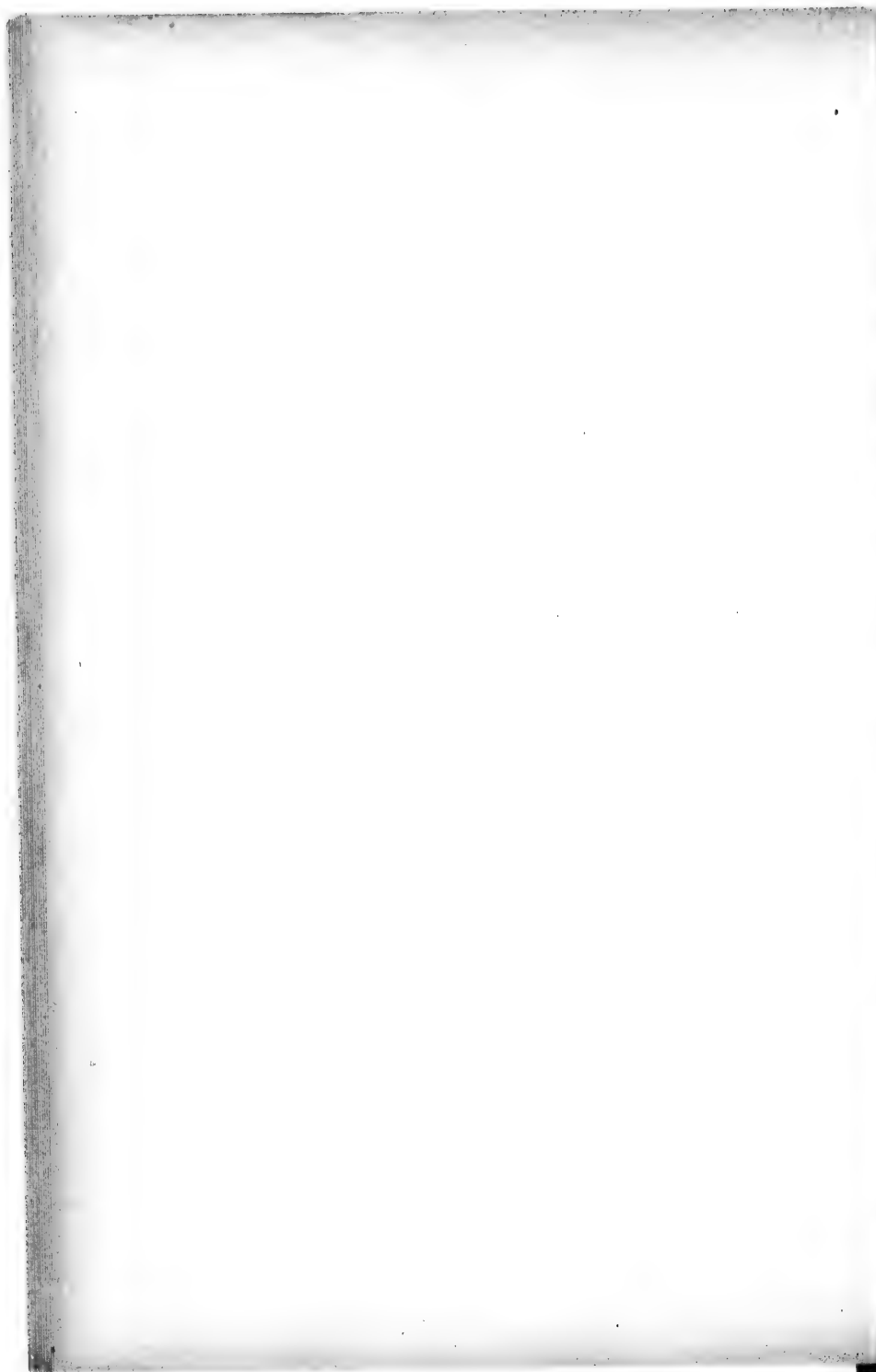
Santiago, 1873.



investi-
enos por
pués no
luir con
olescen-
nes esta
ece espe-
las ma-
odos los
se apre-
n verdad,
este pe-
aturaleza
o que es,
amor de

PRELUDIO

EDINA.



f
l
c
c
n
g
c
c
f
c



ESTA es la floresta primitiva. Los pinos susurradores, los abetos con sus troncos cubiertos de musgo y su verde follaje, dibujándose indecisos en el crepúsculo, se alzan como los Druidas de las pasadas edades, con acentos tristes y proféticos, ó cual los antiguos bardos con la barba inclinada sobre el pecho. Sólo se escucha el hondo gemido del vecino océano que repiten las cavernas de las montañas y al cual responden en acentos inconsolables los lamentos de la floresta.

Esta es la floresta primitiva; pero, ¿dónde están los corazones que palpitaban á su som-

bra, como el corzo cuando percibe en los bosques los gritos del cazador? ¿Dónde la aldea de pajizas cabañas, morada de los colonos de la Acadia, cuya vida se deslizaba cual los ríos que riegan sus bosques, empañados por las nieblas de la tierra, pero reflejando en ellas una imagen del cielo? ¡Desoladas están esas



risueñas heredades y sus habitantes han partido para no volver! ¡Han sido arrastrados como el polvo y las hojas cuando el soplo impetuoso de octubre los impele, los arremolina en lo alto y los esparce á lo lejos en el mar! Nada, apenas la tradición, resta de la encantadora aldea de Grand-Pré!

Vosotros los que creéis en el amor que espera, padece y confía; vosotros los que creéis en la belleza é intensidad de un afecto

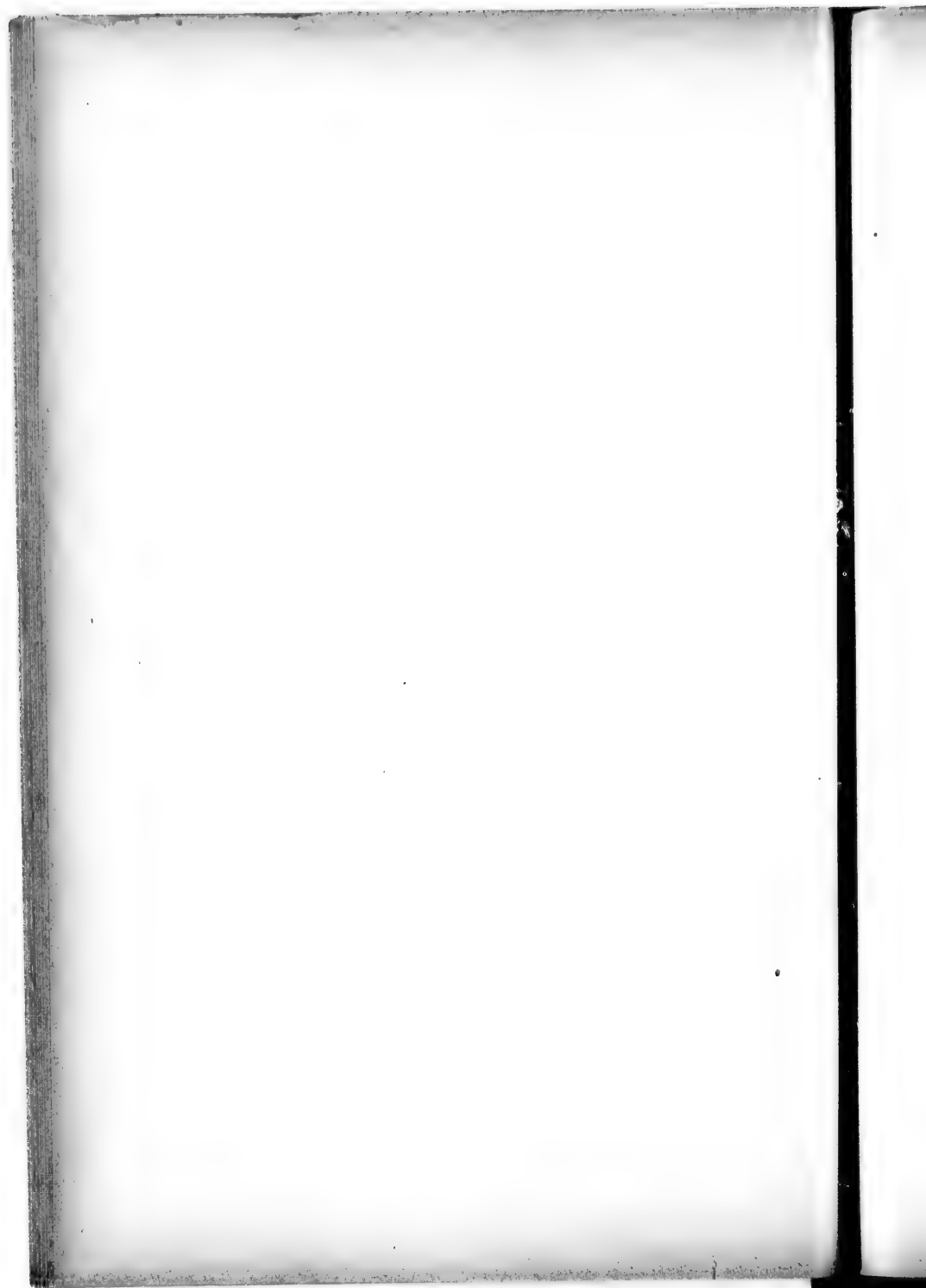
de mujer, escuchad la melancólica leyenda
que cantan los pinos de la floresta, escuchad
un cuento de amor de la Acadia, tierra de fe-
licidad.



los bos-
la aldea
lonos de
los ríos
por las
en ellas
están esas

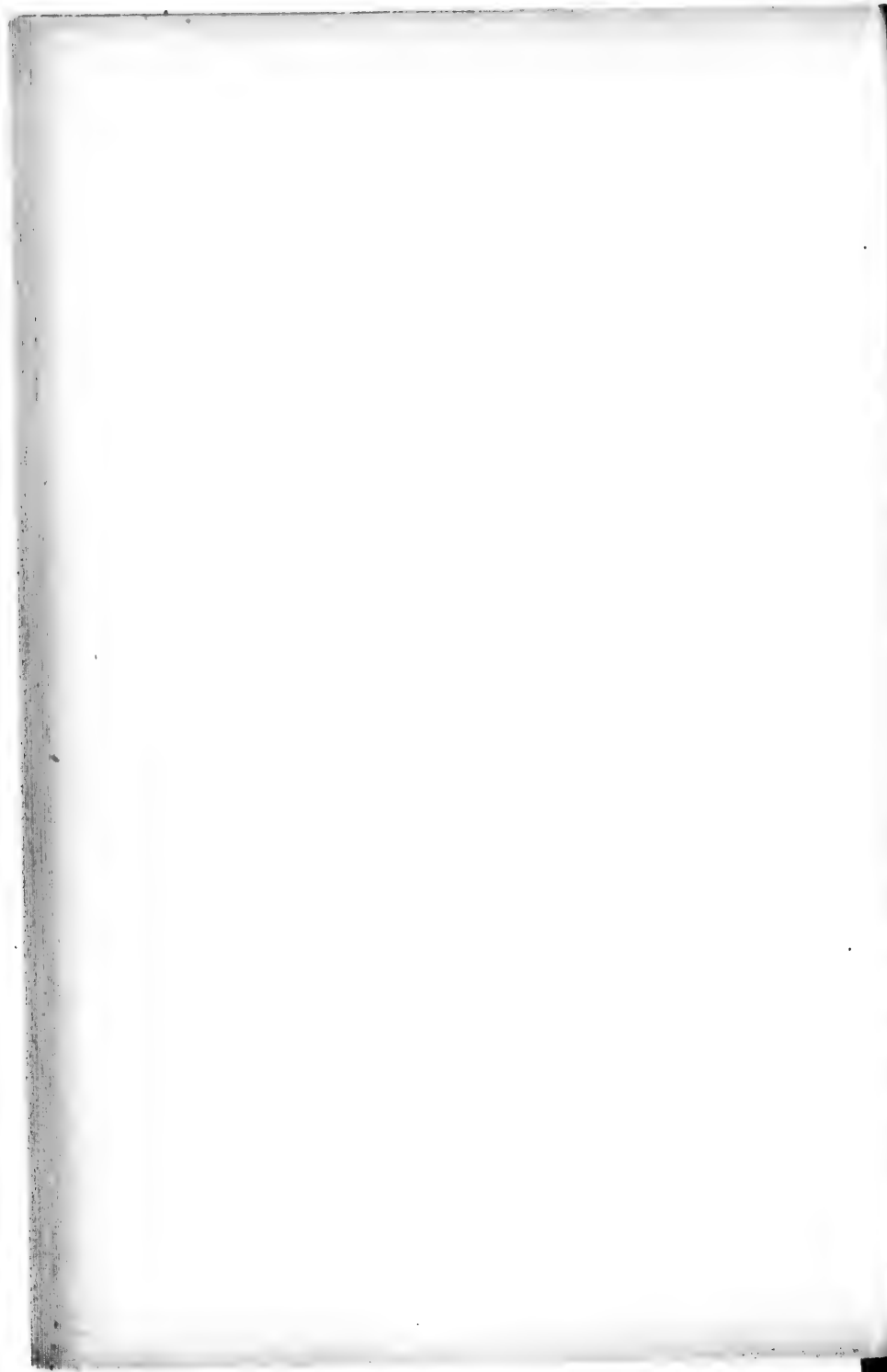
han par-
castrados
el soplo
arremo-
jos en el
sta de la

mor que
los que
un afecto



PRIMERA PARTE





P
s
c
n
H
j
e
Y
n
l
t



I

En la tierra de Acadia, en las costas del Basin de Minas, distante, apartada, silenciosa, descansa en el fértil valle la pequeña aldea de Grand-Pré. Hacia el éste se extienden vastas praderas que dan á la aldea su nombre y alimento á innumerables rebaños. Diques, que los brazos de los colonos han elevado después de largos años de trabajo, ahuyentan las turbulentas olas; pero en épocas determinadas se abren las compuertas y el mar vaga á su antojo por la pradera. Al mediodía y al oriente, los campos de lino, las arboledas y las sementeras ocupan gran trecho en la llanura abierta; por el norte están

los floridos rosales y la vieja floresta. Las nieblas plantan sus tiendas sobre las montañas, y desde ahí las brumas del borrascoso Atlántico contemplan al dichoso valle sin atreverse nunca á descender. Allí, en medio de sus campos cultivados era donde reposaba la aldea acadense. Sus casas, sólidamente construidas con postes de robles y castaños,



eran como las que edificaban los aldeanos de la Normandía. Tenían los techos de paja, provistos de buhardas, y las vigas, avanzándose más afuera de las paredes, protegían y daban sombra á los portalones. Allí era donde en las apacibles tardes del verano, cuando el sol antes de ponerse alumbraba, brillante, la calle de la aldea y doraba las veletas de las

oresta. Las
e las monta-
borrascoso
so valle sin
llí, en medio
de reposaba
sólidamente
s y castaños,



s aldeanos de
de paja, pro-
, avanzándo-
otegian y da-
Allí era donde
no, cuando el
, brillante, la
veletas de las





10

c
b
tu
s
te
la
v
p
ju
ti
p
ca
la
ca
tr
ti
cl
cl
az
va
co
st
d
co
p
n
la

chimencas, las casadas y las jóvenes se sentaban, luciendo sus gorros color de nieve y sus túnicas escarlatas, azules ó verdes, á hilar en sus ruecas el dorado lino para el bullicioso telar, mezclándose afuera su ruido con el de las ruedas de los tornos y los cantos de las jóvenes. Con grave andar descende el párroco por la calle y los niños al punto cesan en sus juegos y se acercan á besarle la mano que extiende para bendecirlos. Avanza reverenciado por todos, y levantándose las solteras y las casadas, saludan con afectuosas expresiones la lenta llegada del anciano. Vuelven ya del campo los labradores, y el sol ocultándose tranquilamente deja que el crepúsculo se extienda. Pronto se escucha sonar dulcemente el *Angelus* en el campanario, y sobre los techos de la aldea, columnas de humo pálido y azul, subiendo cual nubes de incienso, se elevan de cien hogares, moradas de paz y de contento. Así vivían en el amor de Dios y de sus semejantes los sencillos colonos de la Acadia; por tanto, desconocían el temor, que reina con los tiranos, y la envidia, el vicio de las repúblicas. Las puertas no tenían cerraduras, ni rejas las ventanas: las viviendas estaban á la vista como el día y los corazones de sus

dueños: allí el rico era pobre y el pobre vivía en la abundancia.

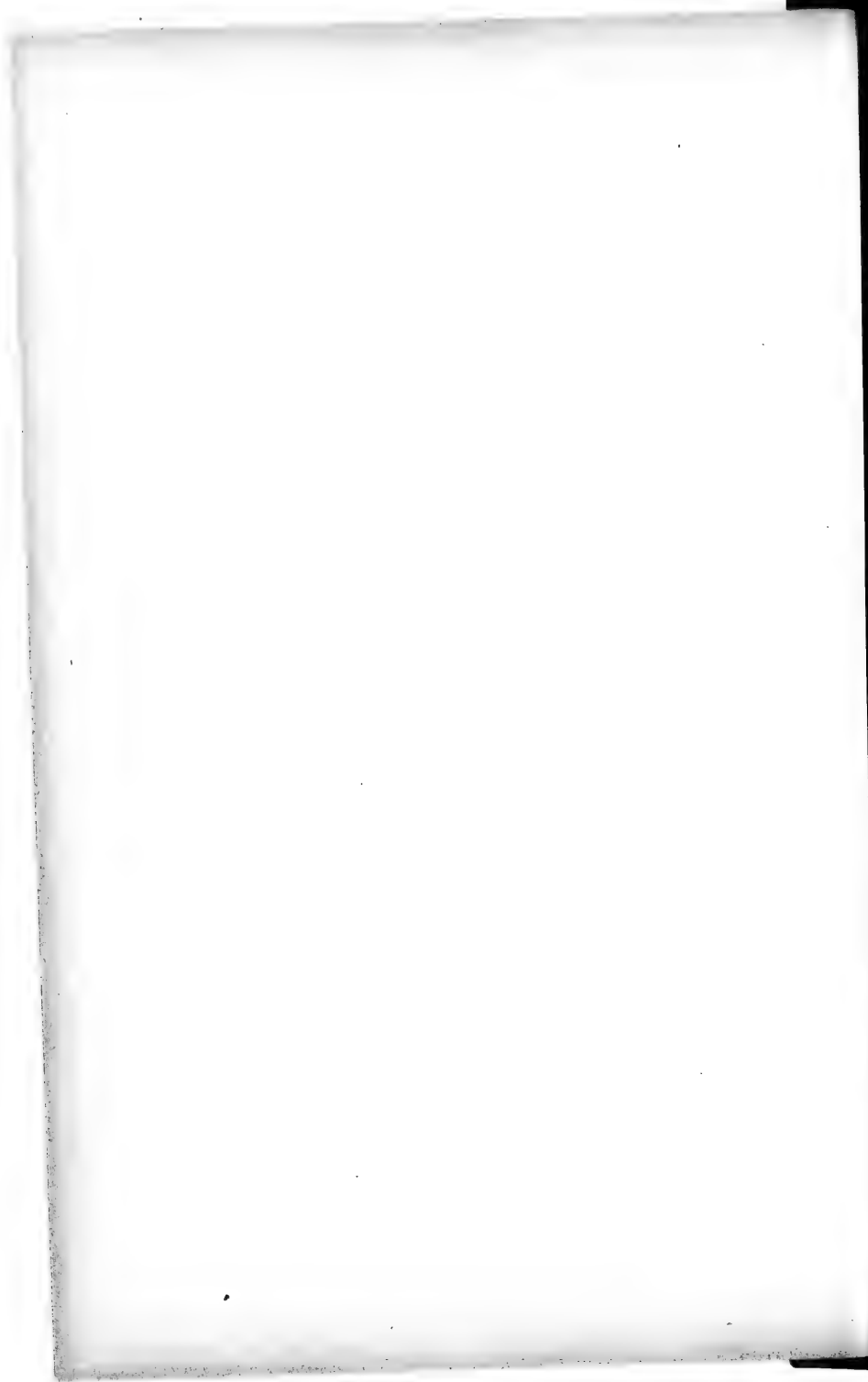
Algún tanto aislado de la aldea é inmediato al Basin de Minas, habitaba en sus hermosos campos Benito Bellefontaine, el más acaudalado propietario de Grand-Pré, y con él, dirigiendo la casa, la encantadora Evangelina, su hija y el orgullo de la aldea. Este anciano de setenta inviernos revelaba en su aspecto energía y majestad: animoso y fuerte cual una encina cubierta por las plumillas de la nieve; sus cabellos eran tan blancos como ésta, y sus mejillas bronceadas cual las hojas del roble. ¡Bien hermosa era la joven con sus diez y siete primaveras! Sus ojos tenían el color negro de las bayas que crecen en los matorrales de la orilla del camino, pero sombreados por sus trenzas castañas ¡cuán dulcemente brillaban! Su aliento era tan puro como el de su vaquilla que pastaba en la pradera. Bien hermosa se veía la joven cuando en lo más recio del trabajo llevaba al mediodía á los segadores jarros de la cerveza fabricada en la casa. Pero aún más bella cuando en las mañanas de los domingos, mientras la campana de la torre esparcía por el aire sonidos sagrados, ó el párroco asperjaba con el

obre vivía

é inmedia-
a sus her-
e, el más
Pré, y con
a Evange-
. Este an-
a en su as-
o y fuerte
uinillas de
ncos como
ual las ho-
a joven con
os tenían el
ecen en los
pero som-
cuán dul-
a tan puro
a en la pra-
ven cuando
aba al me-
la cerveza
bella cuan-
os, mientras
r el aire so-
rjaba con el







h
s
c
r
s
c
ti
d
c
r
c
la
h
d
c
d
m
b
es
p
y
si
m
p
je
g

hisopo á la muchedumbre, pidiendo á Dios sus bendiciones para ella, pasaba por la larga calle con su rosario de cuentas y su devocionario, cubierta la cabeza con toca normanda, con su manto azul y pendientes traídos de Francia en remotos años y desde entonces transmitidos por herencia de madre á hija al través de largas generaciones. Pero un resplandor celestial, una belleza más etérea iluminaba su rostro cuando después de la confesión se encaminaba serena á su casa, llevando sobre sí la bendición de Dios. Al alejarse parecía que hubiesen cesado los últimos acordes de una dulce sinfonía.

La casa del colono, construida sólidamente con postes de roble, se levantaba en la falda de la colina que dominaba al mar. Un sicomoro que cubría un gran trecho con sus robustas ramas, crecía á la entrada de la puerta, esparciendo á su rededor benéfica sombra. El pórtico, toscamente labrado, quedaba debajo; y una senda que corría por entre los árboles silvestres íbase á perder en la pradera. Arriadas al sicomoro había colmenas protegidas por cubiertas de tablones, como las que el viajero ve en países distantes sirviendo de resguardo al pobre ó á la imagen bendita de Ma-

ría. Más abajo, al pie de la colina, estaba el pozo con su mohoso cubo, y junto á él una gamella para los caballos. Por el norte se dilataban los graneros, defendiendo la casa de las



tempestades, y los extensos patios de la granja. Ahí se agrupaban los carros de anchas ruedas y los antiguos arados y aperos de labranza; ahí los ganados tenían sus establos, y un poco más lejos, en medio del emplumado se-

rrallo, inflábase el pavo orgulloso y cantaba el gallo con la misma voz con que en otros siglos atemorizó á Pedro arrepentido. Los pajares, que por sí solos alcanzaban á formar una aldea, rebosaban de forraje; en todos ellos los pajizos techos se avanzaban mucho más afuera de las líneas de las paredes, y abrigada



de este modo, llevaba una escalera hasta los perfumados graneros del segundo piso. Ahí también estaba el palomar con sus humildes é inocentes pobladores, murmurando eternamente amor, en tanto que encima, innumerables y ruidosas veletas rechinaban con las variantes brisas, anunciando las mutaciones del tiempo.

Así, en paz con Dios y los hombres, el propietario de Grand-Pré veía deslizarse sus días en su lindísima heredad, dirigiendo Evangelina los quehaceres de la casa. Más de un joven, cuando se arrodillaba en la iglesia ó leía en su libro, no apartaban de ella sus ojos como del santo de su ardiente devoción. Feliz se creía el que merecía tocar su mano ó la extremidad de su manto! No pocos enamorados, protegidos por la obscuridad, llegaban hasta su puerta, y tan pronto como golpeaban, esperando hasta escuchar el ruido de las pisadas de la joven, les palpitaba tan fuertemente el corazón que nunca sabían si el aldabón de hierro resonaba con más violencia que sus latidos; ó bien en la alegre fiesta del santo patrón de la aldea, creciendo en audacia, oprimían su mano en la danza, murmurando precipitadas palabras de amor, semejantes á la música que oían. Pero entre todos los que se presentaban el joven Gabriel era el único bien recibido; Gabriel Lajeunesse, el hijo de Basilio el herrero, persona considerada en la aldea y honrado por todos sus compatriotas, porque desde el origen de los tiempos, en todas las generaciones y pueblos ha sido muy estimado en el mundo el oficio de herrero.

Basilio era el amigo de Benito. Los hijos de ambos desde la más tierna edad crecieron juntos, cual hermano y hermana. El padre Feliciano, párroco y maestro de escuela á la vez de la aldea, les había enseñado las letras, que aprendieron en un mismo libro, y los himnos de la iglesia y el canto llano. Pero tan pronto como el himno se cantaba y se concluía la lección del día, se marchaban de carrera al taller de Basilio el herrero. Allí, en pie, apoyados en la puerta, se detenían á contemplarle con ojos asombrados cuando tomaba como un juguete la pata del caballo, con su delantal de cuero, clavando en su sitio la herradura; mientras que á su lado una fila de llantas de las ruedas estaban enroscadas, cual culebras de fuego, en un círculo de carbones. Muchas veces en las tardes de otoño, cuando con la obscuridad que reinaba por afuera parecía incendiarse la fragua, penetrando la luz por todas las grietas y hendiduras, se colocaban junto á los agitados fuelles y tan luego como cesaba su movimiento y las chispas se extinguían en la ceniza, reíanse alegremente diciendo que eran las monjas que iban á la capilla. A menudo, en el invierno, rápidos como el águila que ataca, se deslizaban en los trineos por las

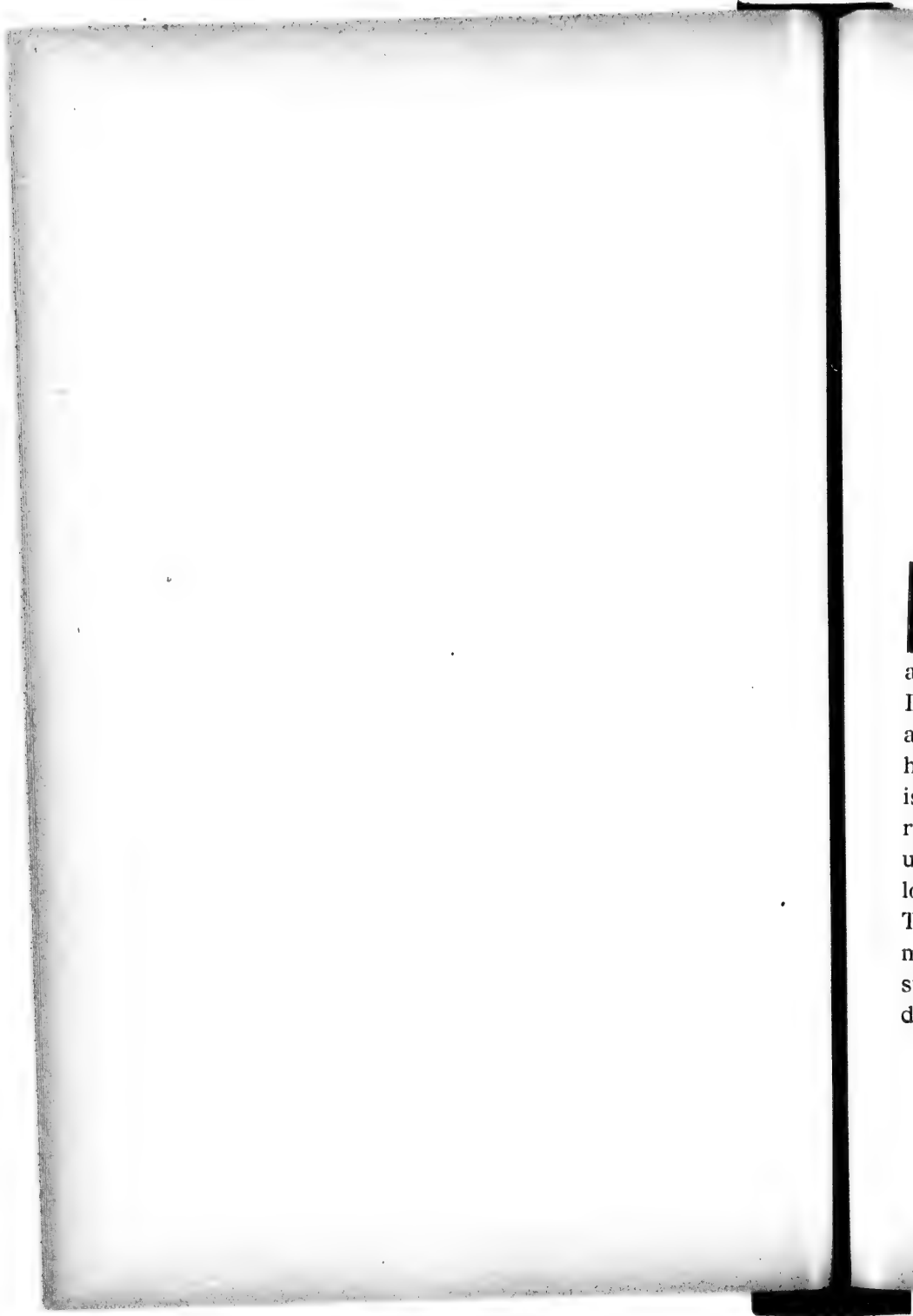
laderas de las colinas, hasta dejarse caer en la pradera. Muchas veces también trepábanse por los graneros llegando a los nidos fabricados en las vigas, buscando con ávidos ojos esa piedra maravillosa que la golondrina acarrea de la orilla del mar para dar vista á sus hijuelos. ¡Afortunado el que encontraba esa piedra en el nido de las golondrinas! Así pasaron al-



gunos años, tan escasos como rápidos, y ya después no fueron niños! El se trocó en un apuesto joven: el aspecto de su rostro, cual el aspecto de la mañana, parecía alegrar la tierra con su luz, y una vez que tomaba una resolución, ejecutábala luego. Ella, era ya una mujer, con el corazón y las esperanzas de una mujer. «Aurora de Santa Eulalia» se la llamaba, porque este sol era, según creían los

aldeanos, el que debía cargar de frutos sus huertos; así también ella llevaría al hogar del que eligiera por marido delicias y abundancia, dándole su amor é hijos de rostros sonrosados.





a
E
a
h
is
re
u
lo
T
m
st
d



II

HABÍA tornado ya la estación en que las noches son más largas y más frías, ahuyentado el sol hasta el retirado signo de Escorpión. Las aves migratorias surcaban el aire ya pesado, desde la extremidad de las bahías desoladas del norte, á las costas de las islas de los trópicos. Las cosechas estaban recogidas, y, cual Jacob en otro tiempo con un angel, combatían los árboles silvestres de los bosques con los vientos de septiembre. Todo presagiaba un invierno largo é inclemente. Las abejas, con el profético instinto de sus necesidades, hacían acopio de miel hasta desbordarse los panales, y los cazadores in-

dios aseguraban que el invierno sería frío porque espeso era el pelo de los zorros. Así se iniciaba el otoño. Tras él, vino la preciosa estación que los piadosos aldeanos de la Acadia llaman el verano de todos los Santos. El aire estaba impregnado de una fantástica y mágica luz; el país semejaba que hubiese vuelto á los tiempos encantados de su edad primera; la paz parecía extenderse sobre la tierra y el inquieto corazón del océano estuvo un momento consolado. Todos los sonidos se mezclaron en una única é inmensa armonía. Las voces de los niños que jugaban, el canto del gallo en el corral, el volido de las aves por el aire adormecido, los susurros de las palomas, todo estaba acallado, cual los murmurios de amor; y el sol inmenso miraba con ojos cariñosos por entre los dorados vapores que lo rodeaban, mientras que envueltos en sus ropajes escarlatas y amarillos y bermejos brillaban al reflejo del rocío los relucientes árboles de la floresta, cual ese plátano que los persas adornan con velos y alhajas.

De nuevo comienza otra vez el reinado del descanso, de la ternura y del silencio. El día con sus afanes y el calor se han ido; y con el crepúsculo que se extiende, aparece en la bó-

veda celeste la estrella de la tarde, y los ganados que vienen á sus establos escarvando la tierra con su pie, y apoyando sus cuellos los unos en los otros, aspiran en sus pechos ensanchados la frescura de la tarde. A la cabeza, con la campanilla y la cinta que pende del collar, la hermosa vaquilla de Evangelina,



orgullosa de su pelo blanco cual la nieve, se avanza grave y lenta, como sabedora del cariño que le tienen. A esa hora vuelve ya el pastor con sus baladores rebaños del lado del mar, donde encuentra su alimento favorito. Tras ellos, apurando en la marcha á los cansados, camina el vigilante perro, paciente,

lleno de importancia y grande por su instinto, paseándose de extremo á extremo con aire majestuoso y moviendo sin cesar su poblada cola; él es quien cuida del rebaño cuando el pastor se duerme, él quien lo protege cuando en medio de la floresta, en el silencio de una



noche estrellada, sólo se escuchan los ahullidos del lobo. Más tarde, en fin, alzándose la luna, tornan las carretas de los tremedales cargadas con sabroso heno, llenando el aire de fragancia. Los caballos, cubiertas de rocío las crines, relinchan alegremente; y las pesadas sillas de madera, teñidas de alegres co-

lores y adornadas con borlas carmesíes, se balancean con sus brillantes arcos, cual la malva hortense cuando se cubre de flores. Las vacas, de pie, aguardan su turno con paciencia, presentando sus ubres á la mano de la lechera, mientras que despacio y en cadencia acompasada descienden los espumosos arroyuelos á los sonoros tiestos. En aquel entonces se escuchaban los balidos del ganado y el bullicio de las risas que los ecos de los graneros devolvían. A poco, todo se hundía en el silencio; las hojas de las puertas de los graneros cerrábanse tristemente con chirridos discordantes, sonaban las trancas de madera y todo quedaba acallado hasta la venidera estación.

En el interior, al calor de una vasta chimenea, el colono sentado perezosamente en su poltrona, mira á las llamas y el humo retorcerse en espirales, cual enemigos en una ciudad incendiada. A su espalda dibújase su enorme sombra á lo largo de la pared, balanceándose y burlándose con fantásticos visajes, hasta que desaparece en la oscuridad. Las figuras groseramente esculpidas en el respaldo de la poltrona se rien con la fluctuante luz, y la vajilla de metal en el aparador, atra-

yendo la llama, la refleja cual los escudos de los ejércitos al despuntar el sol. El anciano entonaba fragmentos de las poesías y canciones de Navidad que en otro tiempo, en su morada, repetían sus padres en las arboledas de Normandía y en las hermosas viñas de la Borgoña. A su lado estaba sentada la gentil Evangelina, hilando el lino para el telar que descansaba detrás de ella en una extremidad. Por el momento permanecían silenciosos los pedales, en reposo las activas lanzaderas, en tanto que el monótono zumbido de la rueda, semejante al sonido de la gaita, acompañaba el canto del anciano y mezclábase con él. Y tal como en una iglesia en los intervalos en que cesa el canto en el coro, se escuchan las pisadas en las naves ó las palabras del sacerdote en el altar, así en cada pausa del cantor se oye con acompasado movimiento el tic-tac del reloj.

Así estaban sentados cuando sintiendo pasos se levantan presurosos: sonó la aldaba de madera y la puerta giró sobre sus goznes. Benito luego reconoce por el ruido de los zapatos claveteados que es Basilio el herrero quien se acerca, y Evangelina, por las palpitaciones de su corazón, adivina quien le acompaña.

—Sed los bienvenidos, exclamó el colono, al ver que sus huéspedes se detenían en el umbral; bienvenido, Basilio, amigo mío! Ven á ocupar tu lugar en el escaño, en este sitio junto á la chimenea, que está siempre vacío cuando tú no llegas. Toma tu pipa y la caja con tabaco del escaparate que está cerca de ti. Nunca te pareces más á ti mismo que cuando tu buena y jovial fisonomía resplandece al través del humo que sale de tu pipa en espirales ó cuando en la fragua brilla, redonda y colorada, cual la luna de la cosecha en medio de las lagunas.

Entonces Basilio el herrero, tomando con aire familiar el acostumbrado asiento junto al fuego, responde con una sonrisa de alegría:

—Benito Bellefontaine, nunca te falta una chanza ó algo con qué hacer reir! Nunca pierdes tu genio alegre, mientras otros, abrumados por melancólicos pronósticos de desgracias, sólo ven ruinas para el porvenir! Eres tan feliz que parece que diariamente te encontraras alguna herradura!

Calló un momento, en tanto que Evangelina le traía la pipa, que encendió lentamente con un pequeño tizón. Después continuó así:

—Hace ya cuatro días que los buques de los ingleses están anclados en la desembocadura del Gaspereau, apuntando sus cañones sobre nosotros. Nadie sabe cual sea el objeto que los trae: pero desde luego han ordenado que todos se reúnan mañana temprano en la iglesia á fin de que se informen de la voluntad de Su Majestad, que será proclamada como ley en la comarea. Y ¡ay! entre tanto, más de una sospecha de pérfidos designios sobresaltan los corazones del pueblo.

A su vez habló el colono:

—Quizás un propósito amigo conduce estas naves á nuestras costas. Quién sabe sino se han perdido las sementeras en Inglaterra por las lluvias extemporáneas ó los calores excesivos y sólo vienen á buscar en nuestros provistos graneros alimentos para sus hijos y ganados?

—La gente de la aldea no piensa así, exclamó calurosamente el herrero, moviendo la cabeza con aire de duda.

Y un suspiro levantó su pecho al añadir:

—Nadie se ha olvidado todavía de Louisbourg, Beau-Sejour y Port-Royal. Muchos se han escapado ya al bosque y espían desde los alrededores, esperando con el corazón lle-

no de angustia cual será la suerte que se nos reserve mañana. Se nos han quitado las armas é instrumentos de guerra de toda especie y únicamente han dejado el yunque del herrero y la hoz del segador.

El jovial colono respondió, sonriéndose alegremente:

—Más seguros me parece que estamos desarmados en medio de nuestros ganados y de nuestras siembras, más seguros tras de nuestros resistentes diques, sitiados por el océano, que lo estuvieron nuestros padres en los fuertes, asediados por los cañones enemigos. No hay que temer, amigo mío; esta noche ni una sombra de pesar se deslizará sobre esta casa y este hogar, porque hoy es la noche del contrato. Ya la casa y el granero están concluidos. Los alegres mozos de la aldea los han construido con esmero y solidez; y después de haber arado la tierra en los contornos, han abastecido de forraje los pajares y de provisiones la despensa para todo un año. René Leblanc no tardará en llegar con sus papeles y lo necesario para escribir. ¿No debemos, por tanto, estar contentos y regocijarnos con la alegría de nuestros hijos?

Evangeline, aparte, en la ventana, puesta

su mano en la de su amante, se ruborizó con las palabras que acababa de oír: morían apenas en los labios de su padre cuando apareció el digno notario.



ruborizó con
morían ape-
ndo apareció



III

Cual remo fatigado que se encorba sin quebrarse al herir la superficie del agua, tal era el aspecto que la edad había impreso en el notario. Guedejas de su rubio cabello, cual los hilos plateados del maíz, le colgaban por la espalda; su frente espaciosa y las gafas con arcos de cuerno, montadas sobre la nariz, interceptando sus miradas, le daban un aire de suprema discreción. Era padre de veinte hijos, y más de ciento de los hijos de sus hijos se sentaban sobre sus rodillas á escuchar el tic-tac de su reloj. Prisionero en tiempo de la guerra, había padecido por amigo de los ingleses cuatro años de

cruels padecimientos en un ruinoso fuerte francés. Al presente, más precavido y circunspecto, aunque siempre tan sencillo como un niño, paciente y lleno de prudencia, detestaba todo engaño ó hipocresía. No había nadie quien no lo quisiera; sobre todo los niños, á los que entretenía refiriéndoles las historias del Loup-Garou en la floresta, de los duendes que venían por la noche á abrebar los caballos y la de la blanca Letiche, alma de una criatura muerta sin bautismo, vagando invisible por el aposento de los niños. Les contaba también que el día de Navidad los bueyes hablaban en el establo; que era muy cierto que la fiebre se curaba encerrando una araña en una cáscara de nuez, y que con el trébol de cuatro hojas y otras tantas herraduras abandonadas no había cosa que no se supiese de lo que pasaba en la aldea. Al punto Basilio el herrero se levantó de su asiento colocado junto al fuego, sacudió la ceniza de su pipa y extendiendo lentamente su mano derecha, exclamó:

—Padre Leblanc, tú que has oído las conversaciones en la aldea, acaso podrás darnos algunas nuevas de esos buques y del fin con que han venido.

El notario respondió con aire modesto:

—Es verdad, he oído bastantes charlas, pero nada sensato; y por mi parte ninguna cosa sé de particular. Pero no soy de aquellos que les suponen alguna dañada intención al verlos aquí; puesto que estamos en paz ¿por qué han de venir á molestarnos?

—Hombre de Dios, gritó el atolondrado y algo irascible herrero ¿en todo debemos indagar el cómo y el por qué y el por lo tanto? Diariamente se cometen injusticias, y la fuerza es la razón del más poderoso.

Sin preocuparse por la animación del herrero, el notario continuó:

—El hombre es injusto, pero Dios es justiciero, y al fin siempre triunfa la justicia; y á propósito, recuerdo en este momento una historia que á menudo me consolaba cuando estuve prisionero en el viejo fuerte francés, en Port Royal.

Esa era la historia favorita del anciano, que siempre repetía con gusto cuando sus vecinos se quejaban de haber sido víctimas de alguna injusticia.

—En otro tiempo, en una antigua ciudad, cuyo nombre hoy no recuerdo, alzábase en una plaza pública, en lo alto de una columna,

una estatua en bronce de la Justicia, que sostenía una balanza en su mano izquierda y una espada en su derecha, como emblema de que la justicia presidía á las leyes del país y protegía los corazones y las moradas de los hombres. Frecuentemente construían las aves sus nidos en los platillos de la balanza, sin cuidarse de la espada que al resplandor del sol brillaba sobre ellos. Mas, con el transcurso del tiempo las leyes de la comarca se corrompieron, la fuerza ocupó el puesto del derecho, el débil fué oprimido y el poderoso gobernó con su vara de hierro. Sucedió un día que en casa de un noble se perdió un collar de perlas. Muy pronto recayeron las sospechas en una niña huérfana que servía como criada á la familia; y después de un proceso seguido por mera fórmula, se la condenó á morir en un cadalso. Resignada, depuso su suerte á los pies de la estatua de la Justicia, y al elevar su alma inocente hacia su Padre en los cielos, he aquí que una tormenta se levanta sobre la ciudad, el trueno sacude la estatua de bronce, é impedidos con furor de su mano izquierda los sonoros platillos, vienen con estrépito al suelo. En la cavidad de uno de ellos, cierta urraca había fabricado su nido, en cuyas paredes

de arcilla estaba envuelto el collar de perlas.

Terminada la historia, el herrero permaneció silencioso pero no convencido, como un hombre que busca palabras con qué expresarse y no las encuentra. Todos sus pensamientos parecían dibujarse en los pliegues de su rostro, cual los vapores que, congelándose en el invierno en los cristales de las ventanas, semejan fantásticas figuras.

En seguida Evangelina, después que hubo encendido la lámpara, la colocó sobre la mesa, y llenó hasta rebosar el estañado vaso con cerveza color de avellana fabricada en la casa y afamada por su vigor en la aldea de Grand-Pré. Entre tanto, el notario saca de los bolsillos sus papeles y el tintero y escribe con mano segura la fecha y la edad de los contrayentes, designando la dote de la novia por rebaños de ovejas y novillos. Se procedió con el mayor orden, y cuando todo estuvo bien y puntualmente completado, se colocó el gran sello de la ley sobre el margen de la escritura, como un sol.

Entonces el colono saca de sus faltriqueras de cuero en monedas de plata los derechos triplicados del anciano; el notario se pone de pie, bendice á la novia y al novio, y levantando

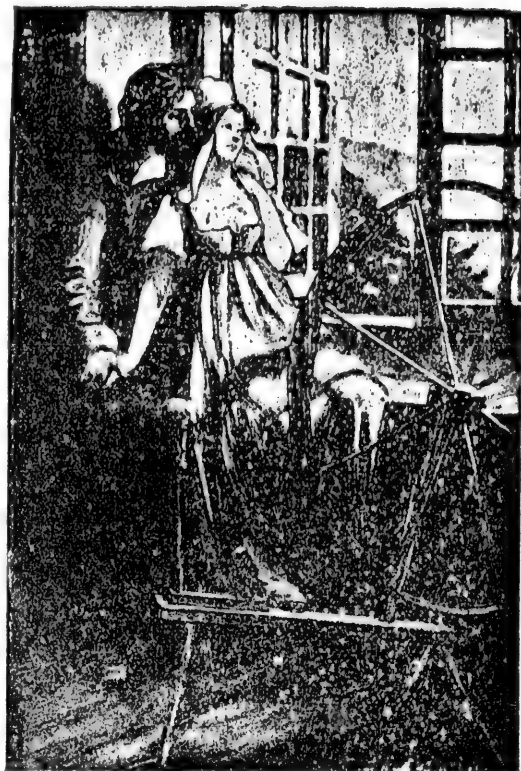
en alto el vaso con cerveza, brinda por la felicidad de ambos; después, limpiando la espuma de sus labios, saluda profundamente y sale. Los demás cavilan sentados silenciosamente junto al fuego, hasta que Evangelina trae el tablero de ajedrez. Pronto se inicia la partida. En esta lucha amigable riense los ancianos á cada jugada feliz, en cada maniobra sin resultado: riense cuando un peón obtiene alguna ventaja ó cuando abren una brecha en las filas del rey. A todo esto, sentados en el alfeizar de una ventana, los dos amantes, á la luz indecisa del crepúsculo, conversan muy quedos, contemplando la salida de la luna sobre la pálida superficie del mar y las plateadas nieblas de la pradera. Silenciosamente, una á una, en los infinitos espacios del cielo, brillan las hermosas estrellas, los «no me olvides» de los ángeles.

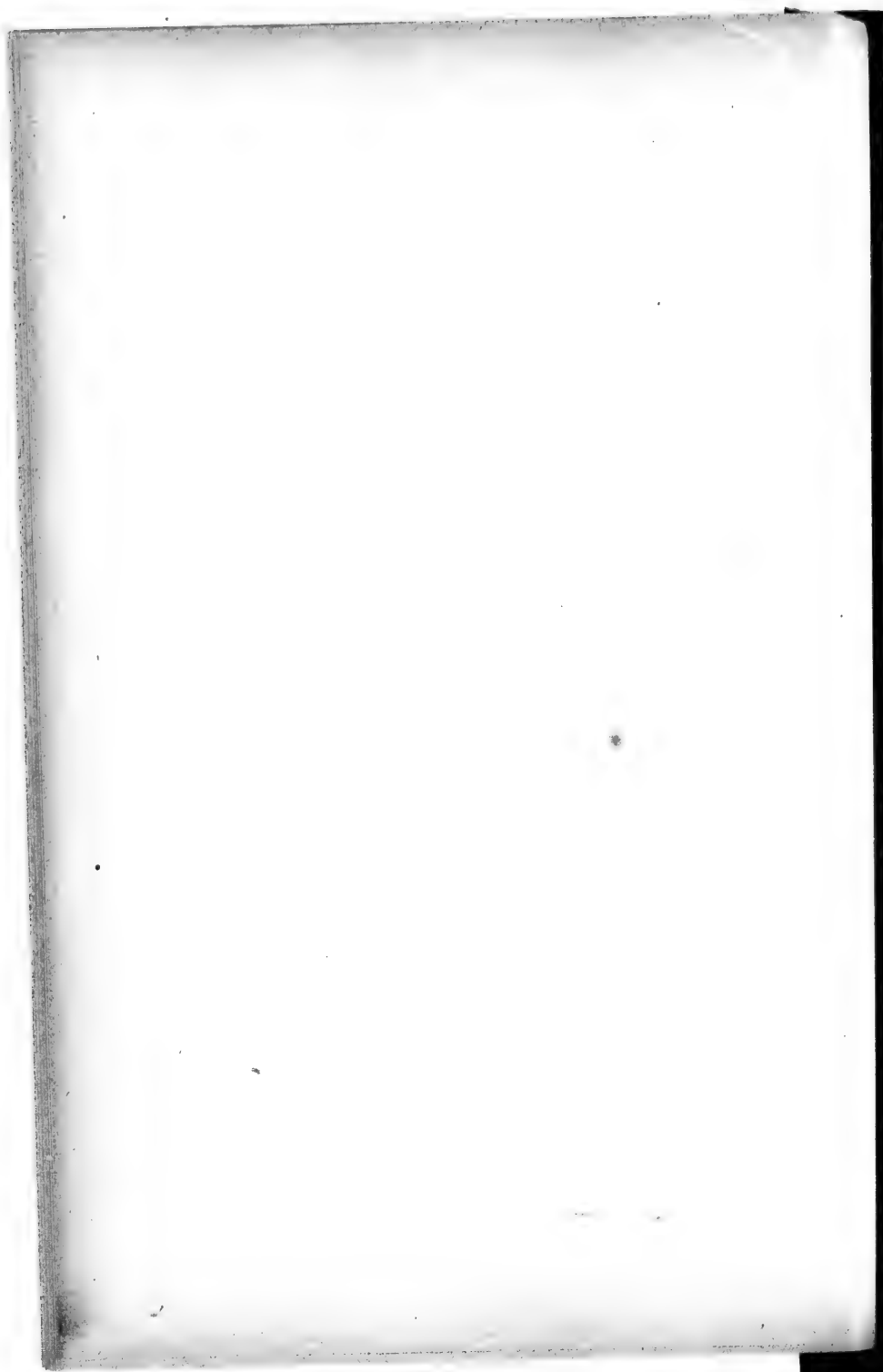
Así se pasó la velada. La campana de la torre anuncia las nueve, hora de la queda en la aldea. Los huéspedes se levantan inmediatamente, y parten, y el silencio reina en el hogar. Las tiernas despedidas, los largos adioses enviados desde el umbral repercuten largo rato en el corazón de Evangelina y la llenan de contento. Apagó prolijamente

r la feli-
la espu-
mente y
enciosa-
angelina
inicia la
se los an-
naniobra
n obtiene
recha en
dos en el
ntes, á la
san muy
luna so-
as platea-
samente,
del cielo,
no me ol-

ana de la
la queda
antan in-
encio rei-
edidas, los
mbral re-
xangelina
blijamente







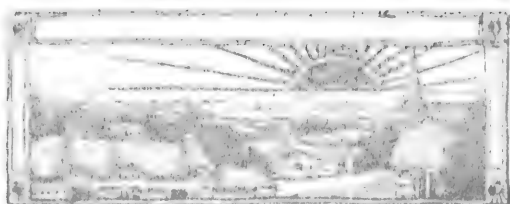
lo
ne
en
E
la
la
la
de
lle
se
rie
ta
pa
E
lo
ce
cio
lu
ap
al
el
to,
est
sus
nic
ba
tre

los tizones que ardian en el fogón de la chimenea; las pisadas del colono resonaron sobre el entablado corredor y muy pronto le siguió Evangelina con callados pasos. En lo alto de la escalera un luminoso espacio se mueve en la obscuridad, alumbrado menos por la luz de la lámpara que por el resplandeciente rostro de la joven; atraviesa sin ruido el vestibulo y llega á la puerta de su alcoba. Era una pieza sencilla con sus blancas cortinas y sus armarios anchos y elevados, en cuyos espaciosos tableros yacian cuidadosamente dobladas ropas de lienzo y de lana, tejidas de la mano de Evangelina. En esto mucho más bien que en los ganados y rebaños, testimonio de sus hacendosas cualidades, consistia la dote preciosa que había de llevar á su marido. Muy luego apagó la lámpara para gozar de la apacible y radiante luz de la luna, que penetra al través de la ventana é ilumina el aposento; el corazón de la joven, obedeciendo á su encanto, se agita cual las olas trémulas del mar. Ah! estaba hermosa, adorablemente hermosa, con sus pequeños pies desnudos y blancos como la nieve, parada en el iluminado piso de su alcoba! Lejos estaba de imaginarse que abajo, entre los árboles del huerto, se hallaba su amante

espiando su sombra y la luz de su lámpara. Aún entonces eran sus pensamientos para él; por instantes un sentimiento de tristeza acompañaba su alma, como las pasajeras sombras de las nubes, que á la claridad de la luna flotaban sobre el pavimento y obscurecían momentáneamente la habitación. Y como mirase á la ventana vé á la luna salir, serena, de entre un grupo de nubes y á una estrella seguir sus pasos, cual después de abandonar la tienda de Abraham el joven Ismael vagaba con Agar.



mpara.
para él;
eza em-
ombras
una flo-
an mo-
o mirase
de entre
a seguir
la tien-
aba con



IV

Al día siguiente el sol se levantó risueño sobre la pequeña aldea de Grand-Pré; risueño con el aire fresco y apacible de la mañana brillaba el Basin de Minas, donde los buques con sus inciertas formas estaban á la espera. Hacia ya largo tiempo que la vida bullía en la aldea y que el trabajo con sus cien manos retumbantes golpeaba las doradas puertas de la mañana. Ya de todos los campos de los alrededores, de las alquerías y de los villorrios vecinos llegaban con sus trajes de fiesta los contentos aldeanos de la Acadia. Los alegres saludos, las francas risas de los jóvenes daban á la mañana resplandeciente algo de más

resplandeciente todavía, en tanto que del fondo de las inmensas praderas, donde no se distinguían otros caminos que los de las ruedas en el verde césped, los grupos aparecían unos tras otros, y que, ó se juntaban ó se dirigían al camino real. Mucho antes del medio día todo ruido de trabajo había cesado en la al-



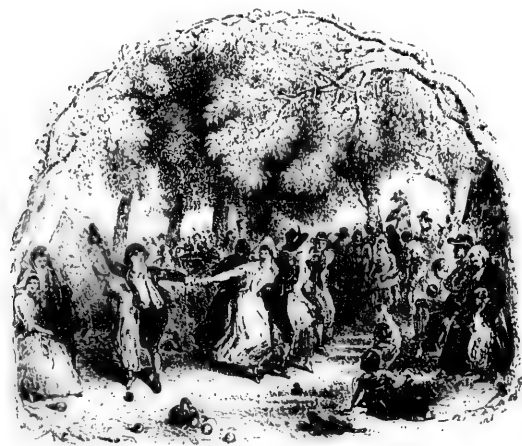
dea. Las calles estaban atestadas con la multitud, y bulliciosos grupos sentados al cariñoso sol en las puertas de las casas, reían y charlaban. Cada casa era una posada en que todos eran bienvenidos y festejados; porque en ese pueblo sencillo sus moradores vivían

unidos como hermanos: los bienes se poseían en común y lo que era de uno pertenecía á los demás.

Bajo el techo de Benito la hospitalidad parecía aún más amplia, porque Evangelina estaba en medio de los huéspedes de su padre. Resplandecía su faz con las sonrisas, y palabras de bienvenida y de contento, cayendo de sus hermosos labios, bendecían la copa que ofrecía.

La fiesta de los desposorios tuvo lugar bajo la abierta bóveda del cielo, en el embalsamado aire de la arboleda, despojada ya de sus dorados frutos. Allí á la sombra del pórtico estaban sentados el párroco y el notario, y allí también reposaban el buen Benito y Basilio, el vigoroso herrero; no muy apartados de éstos, junto á los lagares para la cidra y las colmenas, Miguel el violinista, se habia instalado con el más alegre de los corazones y de los chalecos. La sombra y la luz jugaban alternativamente en sus cabellos blancos como nieve que flotaban al viento, y su risueño rostro lucía como un tizón ardiente cuando se soplan las cenizas que lo cubren. Con alegre entonación el anciano cantaba al vibrante son de su violin *Tous les Bourgeois de Chartres* y

Le Carillon de Dunkerque, marcando al mismo tiempo el compás con sus zapatos. Alegre! alegre! El torbellino de la aturdidora danza pasaba rodeando los árboles del huerto y sobre el sendero de las praderas; en él se mezclaban los jóvenes y los viejos, confundi-



dos con los niños. Más hermosa que todas las jóvenes estaba Evangelina, la hija de Benito: el más apuesto de los mozos era Gabriel, el hijo del herrero.

Así se deslizó la mañana. De repente, de lo alto de la torre, la campana vibró sonora y

un
Hac
llen
afue
tum
las
sien
tos

cha
el s
nar
del
res
ta s
sa c
ces

un redoble de tambor corrió por la pradera. Hacia ya mucho rato á que la iglesia estaba llena de hombres. Las mujeres aguardaban afuera, en el cementerio. En pie, junto á las tumbas, suspendían de las piedras sepulcrales guirnaldas de hojas del otoño y frescas siemprevivas de la floresta. En esos momentos llegaron las tropas de los buques, y mar-



chando erguidas por entre ellas, atravesaron el sagrado pórtico. Con clamor ronco y disonante rebotó del techo y de las ventanas el eco del ruido de sus tambores de bronce, que resonó sólo por un momento: la pesada puerta se cerró lentamente y la multitud silenciosa esperó las órdenes de los soldados. Entonces el comandante se levantó y de lo alto de

las gradas del altar, mostrando los despachos sellados con las armas reales, dijo así:

—Estais hoy reunidos en virtud de las órdenes de Su Majestad. El Rey se ha mostrado elemente y compasivo. ¿Cómo habeis correspondido á su bondad? Que hablen vuestros propios corazones! La comisión que desempeño, que no ignoro será para vosotros motivo de disgustos, es muy penosa para mi carácter y condición. Con todo, debo inclinarme, obedecer y ejecutar la voluntad de nuestro monarca, esto es, que vuestras tierras y habitaciones y ganados de toda especie quedan confiscados por la Corona, y aún que vosotros sereis trasladados de esta provincia á otras tierras. ¡Quiera el cielo que vivais ahí siempre como súbditos fieles, como pueblo feliz y pacífico! Por ahora os declaro prisioneros; tal es lo que quiere Su Majestad.

Así como en el caluroso solsticio de verano cuando el aire está sereno y se levanta de repente una tormenta, cayendo el destructor granizo, cual piedra lanzada por la honda, hasta abatir las sementeras del colono en la campiña, golpeando las ventanas, encubriendo el sol y sembrando el campo con la paja de los techos, mientras el ganado, rotos los

despachos

así:

de las ór-
a mostra-
no habeis
e hablen
nisió que
a vosotros
a para mi
lebo incli-
luntad de
uestras tie-
e toda es-
Corona, y
dos de esta
el cielo que
ieles, como
a os declaro
u Majestad.
o de verano
vanta de re-
l destructor
r la honda,
colono en la
s, encubrien-
o con la paja
do, rotos los





c
c
n
s
d
d
p
ta
E
c
n
ca
le
g
su
an

fu
ra
de
se

ma
le
pe
bit

cierros, huye bramando, así descendieron al corazón del pueblo las palabras del jefe. Un momento permaneció silencioso, mudo de sorpresa, hasta que se levantó un murmullo de angustia y de cólera cada vez más atronador; y todos, como movidos por un solo impulso, se abalanzan furiosos sobre la puerta: toda esperanza de escapar era vana! Entonces la casa de la oración resuena con ensordecedores gritos y horribles imprecaciones: se vé á Basilio el herrero por sobre las cabezas de la multitud aparecer con sus brazos levantados, cual en un mar tempestuoso algún débil madero es combatido por las olas; su rostro, desfigurado por la cólera, estaba amoratado.

—¡Abajo los tiranos ingleses, exclamó con furor; jamás les hemos jurado lealtad! Mue-
ran estos soldados extranjeros que se apoderan de nuestros hogares y de nuestras cosechas!

Más hubiera dicho, pero la desapiadada mano de un soldado, dándole sobre la boca, le arrojó redondo á tierra.

En medio de la vocería y tumulto de esta pelea furiosa, vése abrir la puerta del presbiterio y entrar al padre Feliciano. Con una

actitud digna sube las gradas del altar; después, levantando sus manos venerables, con un gesto redujo al silencio aquella inmensa algarazara, y habló á su grey. El acento de su voz era solemne y profundo, sus palabras apacibles y entristecidas, tal como después del toque de alarma, se oye distintamente al reloj que da la hora.

—¿Qué haceis, hijos míos? ¿Qué locura se ha apoderado de vosotros? Cuarenta años de mi vida he trabajado entre vosotros, y siempre os he enseñado con la palabra y el ejemplo que os ameis los unos á los otros. ¿Es éste el fruto de mis afanes, de mis vigiliass, de mis ayunos y oraciones? ¿Tan pronto habeis olvidado las lecciones de amor y perdón? Esta es la casa del Príncipe de la Paz; ¿querriais profanarla con acciones violentas y con corazones desbordándose de odio, aquí donde el Cristo enclavado desde su cruz os está contemplando? Mirad! ¡cuánta dulzura y sagrada piedad en esos angustiados ojos! Escuchad cómo sus labios aún repiten la súplica: Padre mío, perdónalos! Repitámosla en esta hora en que los malvados nos asaltan, repitámosla ahora y entonemos: ¡Oh! Padre, perdónalos!

Las palabras de reconvención fueron pocas, pero impresionaron hondamente el corazón del pueblo, y sollozos de arrepentimiento sucedieron á aquella explosión de cólera: entonaron la súplica, y dijeron:

—¡Oh! Padre, perdónalos!...

Y empezó el oficio de la tarde. Los cirios brillaban en el altar. La voz del sacerdote era ferviente y profunda, y el pueblo respondía con los labios y el corazón juntamente. Todos cayeron de rodillas al cantar el *Ave Maria*, y sus almas, poseídas de ardiente devoción, se elevaron en alas de la plegaria, cual Elías subiendo al cielo.

Ya las noticias de la desgracia se habían esparcido por la aldea: las mujeres, sollozando, vagaban de casa en casa. Largo rato hacía que Evangelina esperaba á la puerta de la casa de su padre; su mano derecha protegía sus ojos contra los rayos directos del sol que, al ocultarse, alumbraba la calle de la aldea con misteriosos resplandores, techando con doradas pajas la cabaña del colono y esmaltando las ventanas; largo rato que había extendido el mantel, blanco como la nieve, sobre la mesa: ahí estaba el pan de trigo y la miel, fragante con las flores silvestres; ahí el vaso de cerveza

y el queso recién traído de la lechería; y á la cabecera el gran sillón de brazos se hallaba en su sitio. Así Evangelina esperó en la puerta hasta que el sol al esconderse proyectaba sobre las vastas y perfumadas praderas las largas sombras de los árboles. Ay! una sombra más profunda cubría su corazón y de sus regiones se elevaba un perfume celestial,—caridad, dulzura, amor y esperanza y perdón y paciencia! Bien pronto, olvidada completamente de sí misma, recorría la aldea, fortaleciendo con sus miradas y sus palabras los desconsolados corazones de las mujeres, que, por los campos ya oscuros, marchaban con tardos pasos, urgidas por los cuidados de la casa y por los fatigados pies de sus hijos. El sol se puso, inmenso y carmesí, velando la luz de su rostro con dorados y relucientes vapores, cual el Profeta al descender del Sinaí. Sobre la aldea, el toque del *Angelus* resonó dulcemente.

Entre tanto, á pesar de la obscuridad naciente, Evangelina esperaba cerca de la iglesia. Todo estaba en silencio en el interior. En vano se detuvo junto á las puertas y las ventanas; en vano escuchaba y miraba; hasta que al fin, sobrecogida de emoción, Gabriel exclamó

; y á la
llaba en
puerta
aba so-
las lar-
sombra
sus re-
l,—cari-
erdón y
mpleta-
fortale-
bras los
res, que,
aban con
ados de
us hijos.
elando la
ucientes
er del Si-
lus reso-

idad na-
a iglesia.
En vano
tanás; en
ue al fin,
exclamó



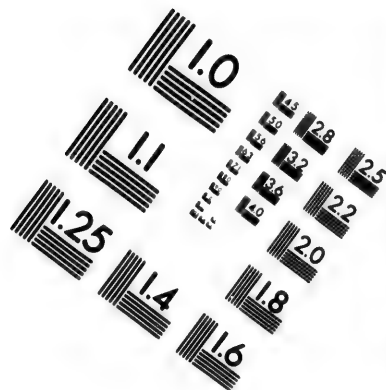
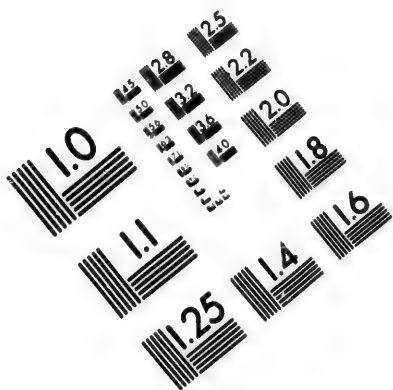
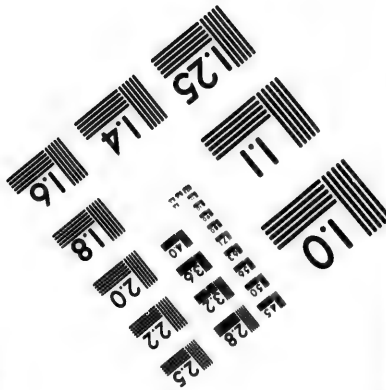
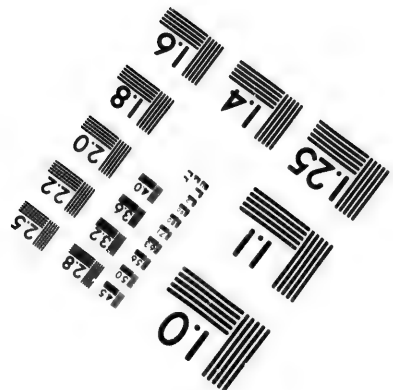
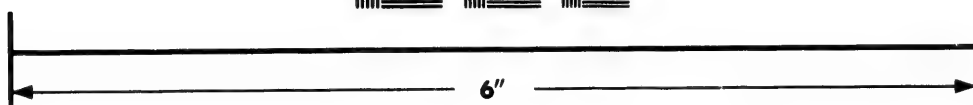
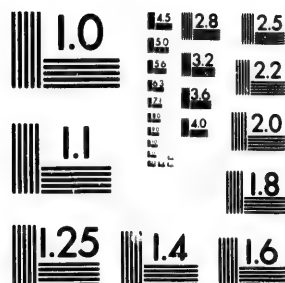


IMAGE EVALUATION TEST TARGET (MT-3)



Photographic
Sciences
Corporation

23 WEST MAIN STREET
WEBSTER, N.Y. 14580
(716) 872-4503

**CIHM/ICMH
Microfiche
Series.**

**CIHM/ICMH
Collection de
microfiches.**



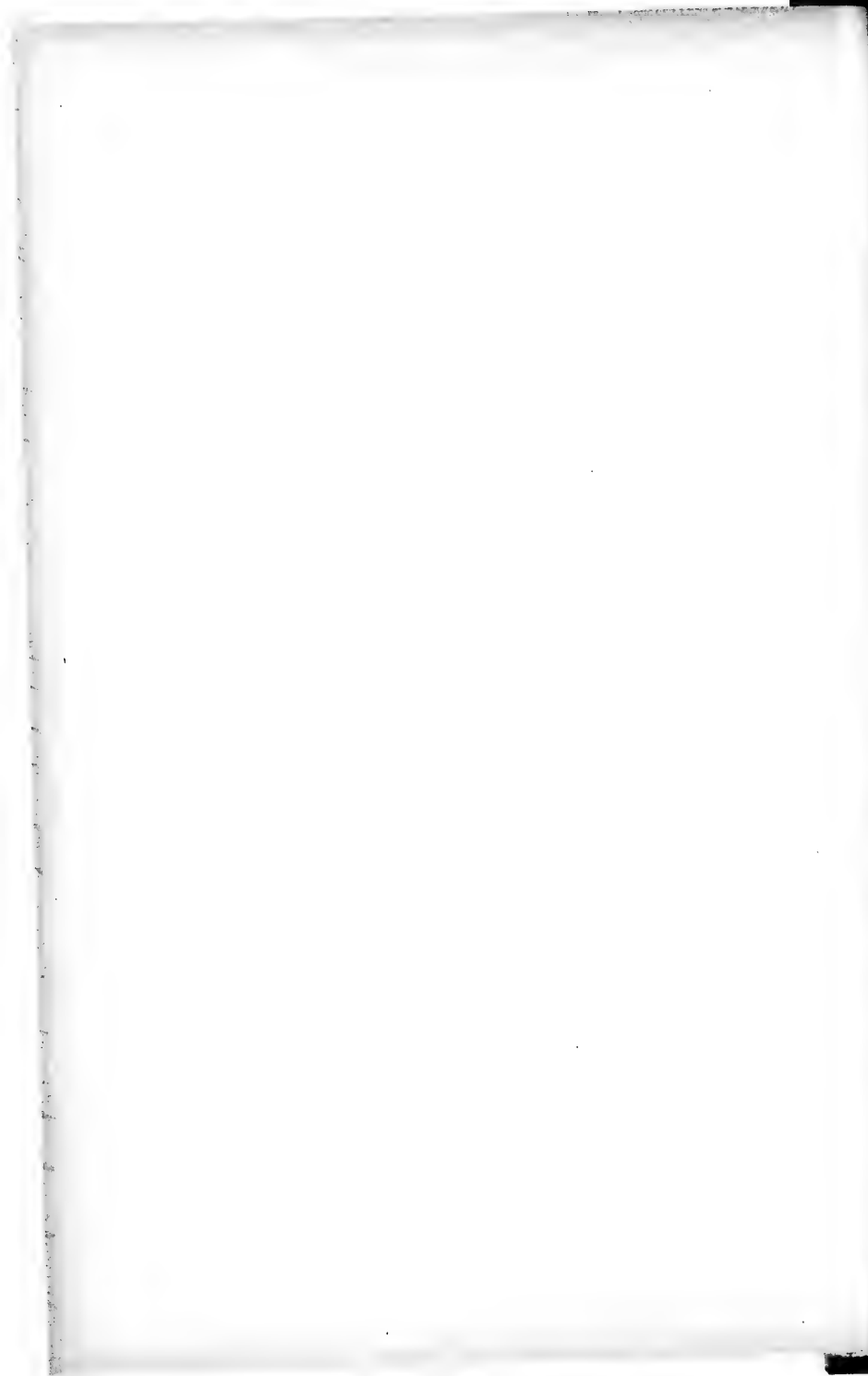
Canadian Institute for Historical Microreproductions / Institut canadien de microreproductions historiques

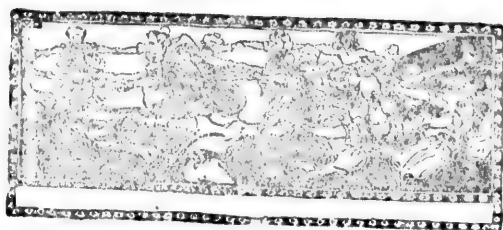
© 1983

I

con voz trémula y fuerte. Ninguna respuesta dieron las moradas de los muertos, nadie contestó de la obscura morada de los vivos. Al fin se volvió lentamente á la casa paterna, ya sin dueño. El fuego se consumía en el hogar, la cena estaba intacta sobre la mesa; todas las habitaciones vacías, lúgubres y pobladas sólo con fantasmas de terror. Sus pasos resonaban tristemente en la escalera y en el piso de su alcoba. En el silencio profundo de la noche, oía el ruido de la lluvia al caer sobre las hojas secas del sicomoro inmediato á su ventana. Rápido brilló el relámpago, y la voz retumbante del trueno pareció decirle que hay Dios en el cielo que gobierna el mundo que crió. Entonces vino á su memoria la historia que había oído de la justicia celestial; su alma conturbada se tranquilizó, durmiéndose apaciblemente hasta la mañana del otro día.







V

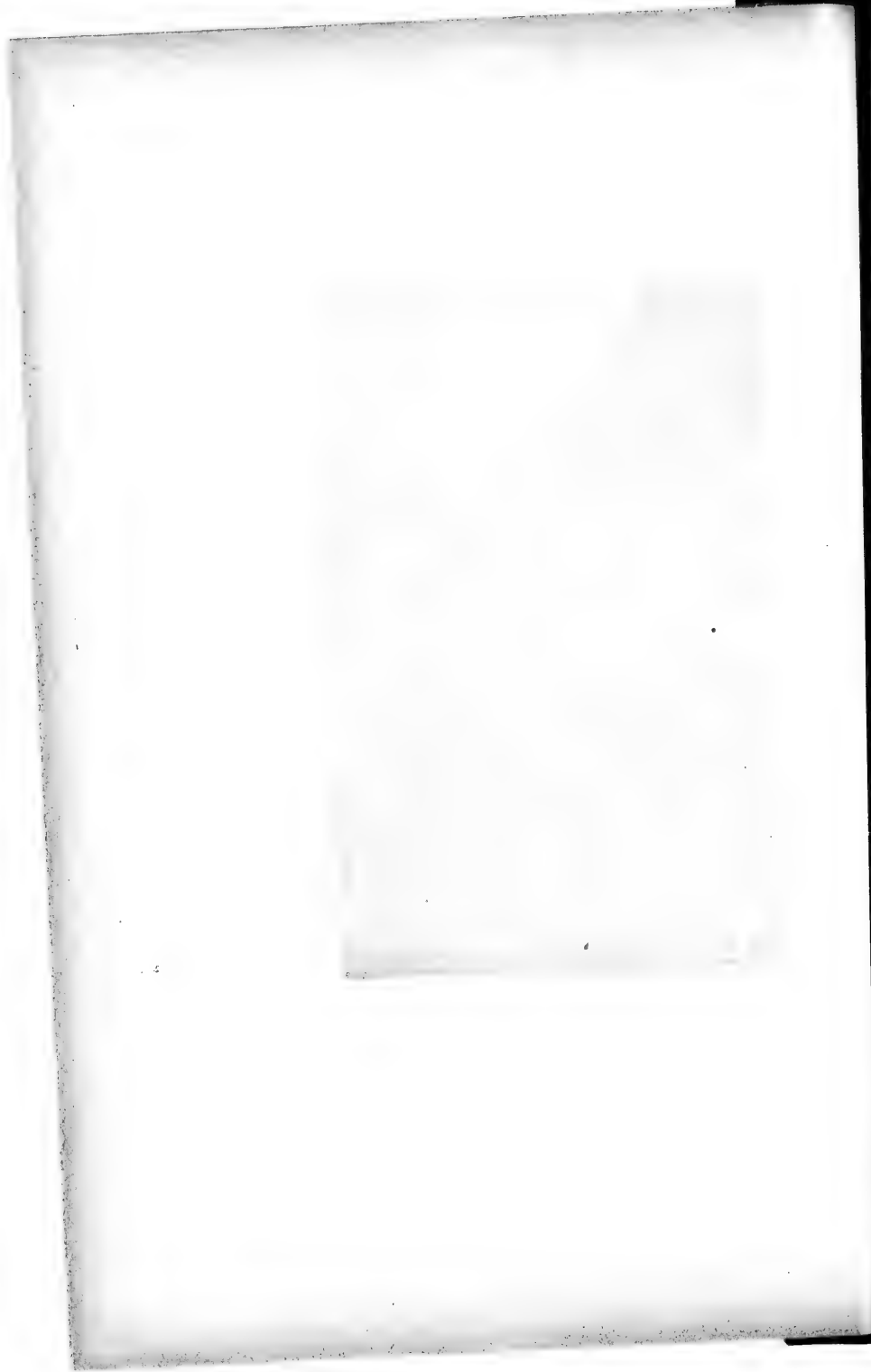
CUATRO veces el sol se había levantado y puesto. Al quinto día el gallo despertó llamando alegremente á las dormidas mozas de la alquería. Muy luego sobre los amarillos campos, en melancólica y triste procesión, llegan de los vecinos villorrios y granjas las mujeres de la Acadia. Llevan á la ribera del mar, conducidos en pesados carros, los objetos de su ajuar, deteniéndose y mirando á cada momento para atrás á fin de contemplar una vez más sus moradas, que bien pronto ocultarán las revueltas del camino y los árboles del bosque. A su lado marchan sus hijos, apurando á los bueyes en la marcha y apre-

tando en sus manecitas los restos de algunos juguetes.

Así, de carrera, llegan hasta la desembocadura del Gaspereau: allí, junto á la ribera del mar, yacen en confusión amontonados cuantos bienes pudieron acarrear los aldeanos. Durante todo el trascurso del día los botes atraviesan de la playa á los buques; durante todo el día los carros llegan cargados de la aldea. Por último, hacia el término de la tarde, cuando el sol estaba para ocultarse, se oyó el redoble de los tambores que, partiendo del cementerio de la iglesia, resonó á lo lejos sobre los campos. A toda prisa las mujeres y los niños se dirigieron hacia allá. Las puertas de la iglesia se abrieron repentinamente, salieron los soldados, y tras ellos, prisioneros, tristes pero resignados, en larga fila los aldeanos de la Acadia. Cual en otro tiempo los peregrinos, distantes de su patria y hogar, viajaban cantando por los caminos, procurando olvidar el cansancio de sus largas jornadas, así, con cantares en los labios, descendían de la iglesia á la ribera, rodeados de sus esposas y sus hijos, los aldeanos de la Acadia. En las primeras filas iban los jóvenes, quienes elevando juntos sus voces, repe-

algunos

emboca-
libera del
os cuan-
anos. Du-
otes atra-
ante todo
la aldea.
la tarde,
se oyó el
tendo del
lejos so-
nujeres y
s puertas
ente, sa-
sioneros,
a fila los
o tiempo
tria y ho-
nos, pro-
sus largas
bios, des-
deados de
nos de la
a los jóve-
ces, repe-



c
s
c
l
l
r
s
s
c
n
c
c
c

tian con trémulos labios este himno de las misiones católicas:

«¡Sagrado corazón del Salvador! ¡Fuente inagotable! Llenad en este día nuestros corazones de fortaleza, sumisión y paciencia!»

Después los ancianos, sin interrumpir la marcha, y las mujeres, que caminaban á su lado, se unían al sagrado himno, y las aves, brillando el sol en lo más alto, mezclaban sus notas con los de aquéllos, cual las voces de las almas que habían ya partido.

En la mitad del camino á la ribera, Evangelina aguardaba silenciosa; fuerte en la hora de la aflicción, sin dejarse abatir por el dolor, esperaba melancólica y serena la llegada de la procesión. Y al percibir el rostro de Gabriel, pálido por la emoción, sus ojos se llenaron de lágrimas, y lanzándose presurosa á su encuentro, le estrecha las manos, reposa su cabeza sobre el hombro y le dice muy quedo:

—Gabriel, ten ánimo, porque si nos amamos, nada en verdad podrá hacernos desgraciados, cualesquiera que sean las desventuras que nos sobrevengan.

Esto lo decía sonriendo; después se detuvo de repente al divisar á su padre que avanzaba

lentamente. Ah! cuán cambiado estaba! Habían desaparecido los colores de sus mejillas y de sus ojos el fuego; su andar parecía trabajoso con el peso del fatigado corazón que llevaba en su pecho. Ella, sonriendo y suspirando, se abalanza á su cuello, lo abraza, animándolo con palabras de ternura, que de nada le servían ya.

La triste procesión llega de ese modo á la desembocadura del Gaspereau. Ahí, el desorden, el tumulto y el alboroto del embarque alcanzaban á su colmo. Las embarcaciones atreadas, iban y venían. Con la confusión las mujeres eran separadas de sus maridos, y las madres, demasiado tarde, divisando á sus hijos en la costa, extendían sus brazos con locos ruegos. Basilio y Gabriel fueron por esta causa trasladados á diferentes embarcaciones, en tanto que Evangelina, desesperada, permanecía en la ribera con su padre. No había terminado aún la mitad de la tarea, cuando desapareció el sol. El crepúsculo vino entonces silencioso y sombrío; y el desasosegado océano se retiró precipitado, dejando la arena de la playa cubierta con los dispersos restos de la marea y con las resbaladizas algas. Más atrás, entre sus carros y sus menajes disemi-

nados, cual un aduar de gitanos ó un campamento de soldados después de la batalla, perdida toda esperanza de escapar, detenidos por un lado por el mar y con centinelas á la vista por el otro, iban á alojar los aldeanos de la Acadia ya sin hogares. Bramando se alejaba el océano á sus más profundas cavernas arrastrando de la ribera adentro los ruidosos guijarros y dejando sobre la costa en



descubierto los encallados botes de los marinos.

Se vió entonces, al caer la noche, á los rebaños que volvían de pastar; el aire húmedo y tranquilo estaba impregnado con la fragancia de la leche de sus ubres. Largo tiempo esperaron mugiendo junto á los bien conocidos lindes de la alquería; largo tiempo y en

vano esperaron la voz y las manos de las lecheras. El silencio reinaba en las calles; ya en la iglesia no sonaba el *Angelus*; humo alguno subía de los techos; en ninguna parte la luz brillaba en las ventanas.

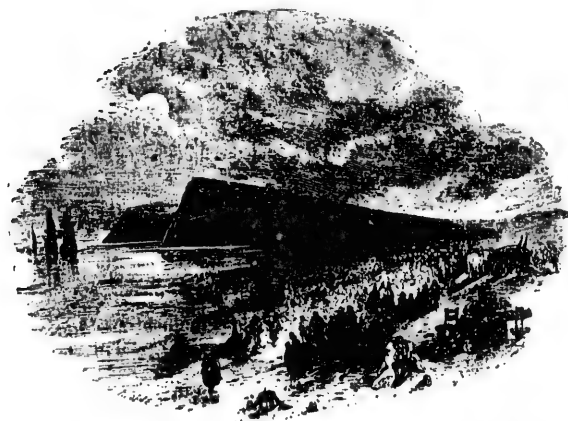
Entre tanto en la playa se habían encendido los fuegos de la noche con los despojos de los buques náufragos que la tempestad había arrojado en la arena. Sombras de melancólicos y afligidos rostros se agrupaban á su rededor, y voces de mujeres y de hombres y llantos de los niños se percibían por los contornos. El leal pastor iba de fogata en fogata, como de hogar en hogar en su parroquia, consolando, bendiciendo, alentando, cual el náufrago Pablo en las desiertas costas de Melita. Así llegó al sitio en que estaba Evangelina y su padre. A la vacilante luz de la llama distinguió el rostro del anciano que, descolorido, con la mirada torva y huraña, parecía no pensar ni sentir nada, cual la esfera de un reloj al que se hubieran quitado los punteros. En vano procuraba Evangelina animarlo con sus palabras y caricias, en vano le ofrecía alimento; no se movía, ni miraba, ni hablaba. Sus ojos fijos parecían obstinados en contemplar la luz titilante del fuego.

«*Benedicite!*» murmuró el sacerdote con un acento de compasión. En vano hubiese querido decir más, porque su corazón rebosaba; sus palabras entrecortadas morían en sus labios, cual un niño que se detiene en el umbral, estupefacto con la escena que ve y con la funesta presencia del pesar. Sin pronunciar palabra coloca su mano sobre la cabeza de la joven, elevando sus ojos arrasados de lágrimas hacia las calladas estrellas del firmamento, que proseguían su camino no perturbadas por las maldades y desgracias de los mortales. En seguida se sienta á su lado y juntos lloran silenciosamente.

De súbito levántase por el sur un resplandor, como en otoño la luna enrojecida trepa por los transparentes confines del cielo y extiende sobre el horizonte, cual un titán, sus cien manos sobre las montañas y valles, asiendo las rocas y los ríos y formando con todo inmensas sombras. La claridad reluce más y más sobre los techos de la aldea; alumbraba el cielo, el mar y los buques anclados en la bahía. Se elevan columnas de humo, y las ráfagas de fuego ya se mezclan con ellas, ya se retiran, cual las temblorosas manos de un mártir. Después, como el viento le-

vantase carbones encendidos y fragmentos de los techos quemados, los arremolina en lo alto, y entonces, á un tiempo, en los mojinetes de cien casas, aparece el humo que, mezclándose con las llamas, lo cubre todo.

Los desterrados acadenses miraban aterro-



rizados todas estas escenas desde la ribera y los buques. Al principio permanecieron mudos; pero muy luego exclamaron en su angustia:

—¡Ya no veremos más nuestras casas de la aldea de Grand-Pré!

Los gallos, creyendo que venía el día, co-

menzaron de repente á cantar estrepitosamente en los patios de las granjas; y el viento de la tarde trajo el balido de los ganados, interrumpido por los ladridos de los perros. En ese momento se oyó un horrible clamor, como cuando despiertan sobresaltados los dormidos campamentos, allá lejos, en las praderas y florestas que riega el Nebraska, cuando aterrorizados los caballos salvajes corren con la velocidad del huracán y las manadas de búfalos braman sordamente, huyendo hacia el río; tal fué el estrépito que se levantó en la noche en el momento que los rebaños y caballos rompieron los vallados y las cercas y desatentados se escaparon á las praderas.

Aterrados con este espectáculo, aún sin poder hablar, el sacerdote y la joven contemplaban la escena de desolación que con rojos colores se extendía á su vista; y, por fin, como se volviesen para hablar á su mudo compañero, hé aquí que, caído de su asiento, su cuerpo, del cual se había escapado el alma, yacía inmóvil y tendido largo á largo en la ribera. El sacerdote levanta lentamente la inanimada cabeza; y Evangelina, postrada de rodillas á su lado, comienza á sollozar y á dar

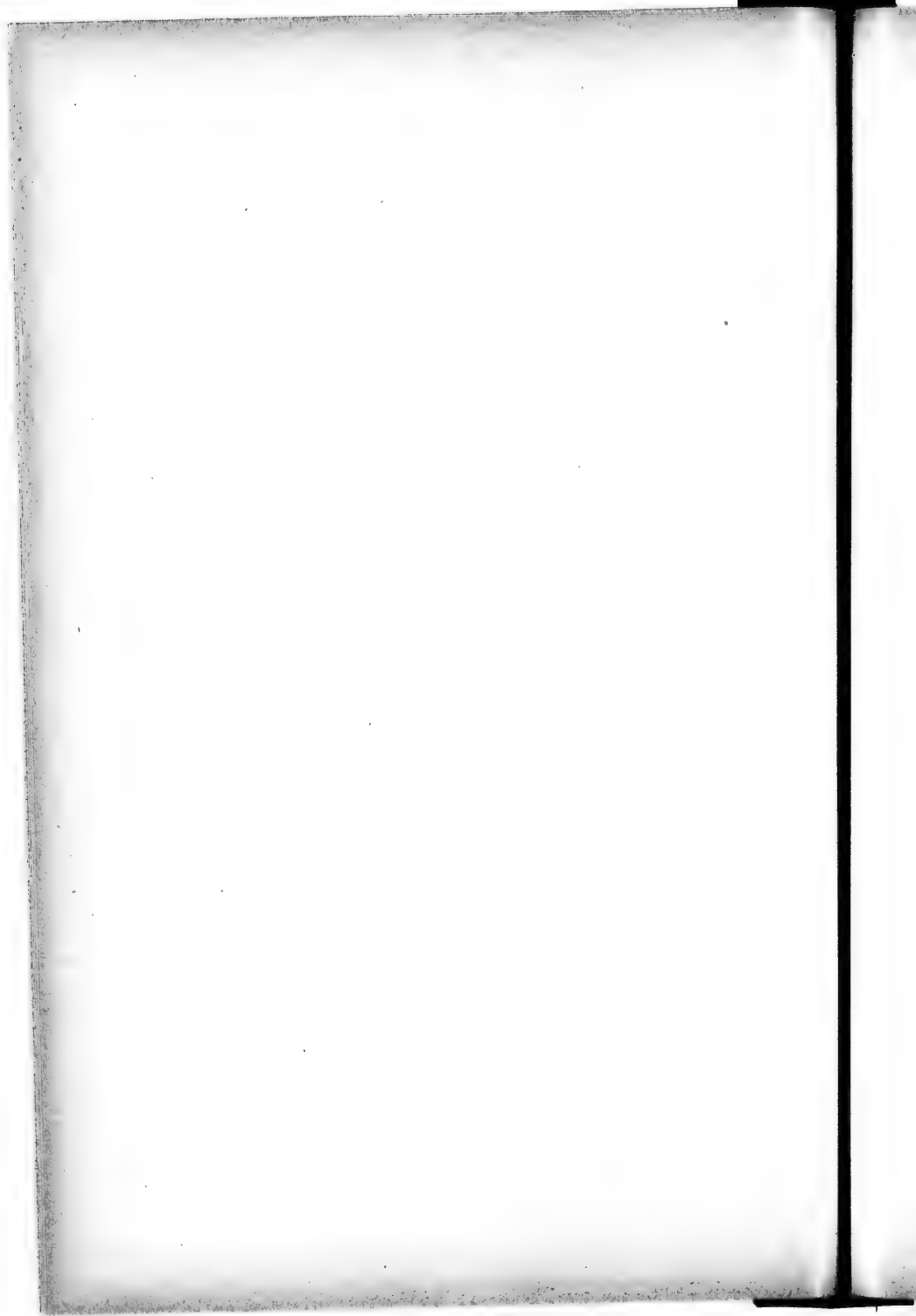
gritos de terror, hasta que desfallecida apoya su cabeza sobre el cuerpo de su padre. Toda la larga noche permanece así en un sueño profundo y olvidador, y al despertar de su desmayo se ve rodeada de una multitud de gente. Divisa rostros amigos que la contemplan tristemente, pálidos, con los ojos humedecidos de lágrimas y con miradas llenas de una dolorosa compasión. El resplandor de la aldea incendiada que alumbraba todavía los contornos, que enrojecía el cielo que los cubría y que se reflejaba en los rostros que la circundaban, se representa á sus sentidos, aún atargados, como el día del último juicio. Entonces percibe una voz bien conocida que decía al pueblo:

—Sepultémoslo aquí, á orillas del mar. Cuando en tiempos más felices volvamos de nuevo á nuestros hogares de la desconocida región de nuestro destierro, entonces este sagrado polvo descansará piadoso en el cementerio de la iglesia.

Tales fueron las palabras del pastor. Y allí, de prisa, con las luces de la incendiada aldea por antorchas funerales, sin campana ni libro, enterraron en la ribera al colono de Grand-Pré. Y al recitar el sacerdote la plegaria de los

difuntos, he aquí que con melancólico acento, cual la voz de una inmensa asamblea, respondió solemnemente el océano, mezclando sus bramidos con la fúnebre salmodia. Era la marea que de lejanas soledades con el primer albor del día venía apresurada y atropellándose hacia la costa. Al punto, comenzó de nuevo la agitación y bullicio del embarque; y con el reflujo, los buques abandonaron la rada, dejando tras ellos la muerte en la ribera y ruinas en la aldea.

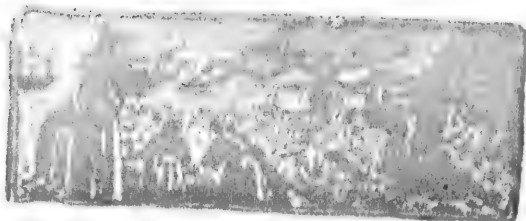




SEGUNDA PARTE



1
1
1
1
a
c
r
r
r
Z



I

MUCHOS lentos años han pasado desde el incendio de Grand-Pré, desde el día en que al descender de la marea, partieron los cargados bajeles, llevando una nación con todos sus dioses tutelares al destierro. ¡Destierro sin fin y sin ejemplo en la historia! Allá lejos, en apartadas tierras, abordaron los acadenses dispersados; fueron esparcidos cual los copos de nieve cuando el viento del nor-este azota oblicuamente al través de las nieblas que obscurecen los bancos de Terranova. Sin amigos, sin hogares, sin esperanzas, vagan de pueblo en pueblo, desde los

helados lagos del norte hasta las calurosas sabanas del sur, desde las desnudas riberas del mar hasta las comarcas en que el Padre de las Aguas estrecha los collados en sus manos y los arrastra hacia el mar en arenas bastante numerosas para sepultar los diseminados restos del mammoth. Buscaban amigos y moradas; y muchos, desesperados, lacerado el corazón, sólo pedían á la tierra una tumba, sin preocuparse ya en adelante de hallar un amigo ó un hogar. Su historia permanece grabada en las losas de piedra de los cementerios.

Durante largo tiempo se vió entre ellos á una joven, de espíritu humilde y apacible, que vagaba y esperaba, sobrellevando resignada todas las desgracias. Era joven y hermosa; pero, ¡ay! ante ella se extendía, terrible, vasto y silencioso, el desierto de la vida con sus sendas marcadas con las sepulturas de aquellos que habían llorado y sufrido antes que ella, con sus pasiones extinguidas y esperanzas mucho tiempo ha muertas y abandonadas, como las huellas de los emigrantes sobre el Desierto del Oeste, señaladas con los fuegos de los campamentos consumidos en días ya lejanos y con los huesos blanqueados por

calurosas
s riberas
el Padre
a sus ma-
enas bas-
isemina-
n amigos
lacerado
a tumba,
hallar un
ermanece
s cemen-

entre ellos
apacible,
do resig-
en y her-
día, terri-
de la vida
sepulturas
rido antes
as y espe-
y abando-
migrantes
las con los
dos en días
eados por







o
o
o
o
z
n
P
i
y
d
e
s
a
v
b
n
m
h
a

el sol. Algo había en su existencia incompleto, inconcluso, imperfecto, cual si una mañana de junio, llena de armonía y esplendor, se detuviese repentinamente en el firmamento, y marchita, descendiese de nuevo con lentitud hacia el oriente de donde apenas se había levantado. De vez en cuando se detenía en las ciudades, hasta que, urgida por la fiebre que la consumía, por el vehemente deseo y la inquietud, el hambre y sed del alma, volvía á empezar otra vez sus pesquisas y sus esfuerzos. Algunas veces vagaba por los cementerios contemplando, sentada sobre algún sepulcro sin nombre, las cruces y las lápidas, é imaginaba que quizá en su seno descansaba ya Gabriel, á cuyo lado sentía entonces ardiente deseo de reposar también ella. De vez en cuando un rumor, una vaga noticia, un susurro inarticulado parecía indicarle con su aérea mano que prosiguiera en su tarea. De vez en cuando hablaba con aquellos que habían visto á su amado y que lo habían conocido hacía ya mucho tiempo en algún lugar muy lejano ú olvidado.

—Gabriel Lajeuneusse! decían, oh! sí, lo hemos visto. Estaba con Basilio el herrero, y ambos se han marchado á las praderas; son

coureurs des bois y famosos cazadores y tramperos!

—Gabriel Lajeunesse, repetían otros, oh! sí, lo hemos visto; es un *voyageur* de las bajas tierras de la Luisiana!

Y entonces algunos añadían:

—Querida niña, ¿á qué esperarlo ó soñar más con él? ¿Acaso no hay otros jóvenes tan hermosos como Gabriel? otros que tengan corazones tan tiernos y fieles y una alma tan leal? Ahí está Bautista Leblanc, el hijo del notario, el que te ha amado tan largos años; ¡ven, dale tu mano y sed felices! Eres demasiado hermosa para que te quedes para vestir santos.

A esto Evangelina respondía, serena aunque melancólica:

—¡No puedo! Cuando he entregado á alguien mi corazón, á él le daré mi mano y á nadie más. Porque cuando el corazón va adelante, iluminando como una lámpara el camino, se ven claras muchas cosas que de otra manera permanecerían ocultas en la obscuridad.

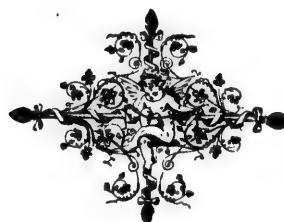
Y al punto el párroco, su amigo y confesor, añadía sonriéndose:

—Hija mía, tu Dios se manifiesta así dentro

de tu pecho. No hables de cariño perdido. El cariño nunca es perdido: si no enriquece el corazón de otro, sus aguas, volviendo de nuevo á sus manantiales, cual la lluvia, los llenando frescura; pues lo que de la fuente sale retorna otra vez á la fuente. ¡Resignación! Termina tu tarea; concluye tu obra de amor. El pesar y el silencio son poderosos; pero el sobrellevarlos con paciencia nos acerca á Dios. Cumple, pues, tu misión de amor, hasta que el corazón, purificado, fortalecido, perfeccionado, se haga más digno de Dios y del cielo.

Sostenida por las palabras del buen anciano, Evangelina sufría y esperaba. Aún resonaba en su corazón el fúnebre cántico del océano, pero á sus vibraciones se mezclaba una voz que murmuraba muy despacio: ¡No desesperes! Así era como esta pobre alma erraba por las sombrías tinieblas de la miseria y de la aflicción, desfallecida, descalza, sobre los guijarros y abrojos de la existencia. ¡Oh! Musa mía, déjame ensayar que siga sus vagabundos pasos, no por cada senda extrañada, no por cada uno de los variables años de la existencia, sino cual el viajero que recorre el curso del arroyuelo á lo largo del valle: lejos de sus márgenes á veces y divisando aquí

y allá, en algún descubierto trecho y sólo por intervalos, el brillo de sus aguas; después, dibujándose más cerca sus orillas al través de las sombras de las selvas que lo ocultan, aunque no lo vea, puede escuchar su incesante murmurio; feliz, por último, si encuentra el sitio á que llega y desemboca!



V
y
ba
E
ba
de
lla
co
m
qu
di
qu

y sólo por
después,
al través
o ocultan,
la incesan-
cuenta el



II

ERA el mes de mayo. Lejos, bajando el río Hermoso, pasadas las riberas del Ohio y pasada la desembocadura del Wabash, por las doradas corrientes del ancho y veloz Mississippi, navega una pesada embarcación conducida por remeros acadenses. Es un grupo de desterrados: como si fuera una balsa donde se hubieran acogido los restos de la destruida nación esparcidos por las orillas y ahora juntos á flote, unidos por los comunes lazos de una misma creencia y de un mismo infortunio. Hombres, mujeres y niños que, guiados por la esperanza ó por vagos diceres, buscan á sus familias entre los pequeños labradores, en las costas de la Aca-

día y en las praderas del hermoso Opelousas. Con ellos iban Evangelina y su guía, el padre Feliciano. Siempre adelante, sobre las arenas que se hunden, al través de las soledades sombreadas por los bosques, deslizanse día tras día, bajando el turbulento río; noche tras noche, acampan en las orillas al resplandor de las fogatas. Tan pronto son



arrastrados por rápidas cataratas, entre verdes islas en que los plumosos algodoneros balancean sus tupidos penachos; tan pronto entran á extensas lagunas en que los bancos de plateadas arenas se acuestan sobre el agua, y en que, siguiendo la línea de las espumosas olas de las márgenes, grandes bandadas de

pelícanos, relucientes con su nítido plumaje, nadan deslizándose en el agua. Desde ahí el país se dilata igual, y á lo largo de las riberas del río, á la sombra de los árboles de China, en medio de fertilísimos jardines, están las habitaciones de los plantadores con sus cabañas de negros y sus palomares. Se aproximan ya á la región en que reina un perpetuo verano, en que, atravesando la Costa de Oro, en medio de las arboledas de naranjos y limoneros, se desvía el río en magestuosa curva, dirigiéndose hacia el éste. También ellos se apartaron de su curso; y entrando al Bayou de Plaquemine, pronto se perdieron en un dedalo de aguas perezosas y vagabundas que cual aceradas randas se extendían en todas direcciones. Sobre sus cabezas, las ramas de los elevados y tenebrosos cipreses se cruzaban formando oscuros arcos, de donde los musgos, extendiéndose por el aire, flotaban cual las banderolas que penden de las murallas de las antiguas catedrales. Parecía el silencio de la muerte, sólo interrumpido por las cigüeñas que volvían á los dormideros de los cedros al entrarse el sol, ó por la lechuza al saludar la luna con diabólicas risotadas. Encantadora se veía la luz de la luna al refle-

oso Ope-
ina y su
adelante,
través de
s bosques.
turbulento
las orillas
pronto son



, entre ver-
doneros ba-
pronto en-
s bancos de
re el agua,
espumosas
andadas de



jarse y brillar sobre el agua y al relucir en las columnas de los cipreses y cedros que sustentaban los arcos, bajo cuyas rotas bóvedas pasaba, cual al través de las grietas en las ruinas. A su rededor todo parecía confuso y extraño como un sueño; un sentimiento de estupor y tristeza se apoderó entonces de sus almas, presentimientos de infortunio, intangibles y que no podían precisarse. Como al ruido de las pisadas de los cascos del caballo en lonta-

nanza por la yerba de la pradera, se cierran los pétalos de la delicada sensitiva; así á los anticipados embates del destino, en tristes pronósticos de desgracia, se extremece y oprime el corazón. Mas el de Evangelina estaba sostenido por una visión que flotando indecisa ante sus ojos, la llamaba al través de la luz de la luna. ¡Eran las ilusiones de su mente las que asumían la forma de un fantasma! Entre las densas sombras de esas bóvedas Gabriel



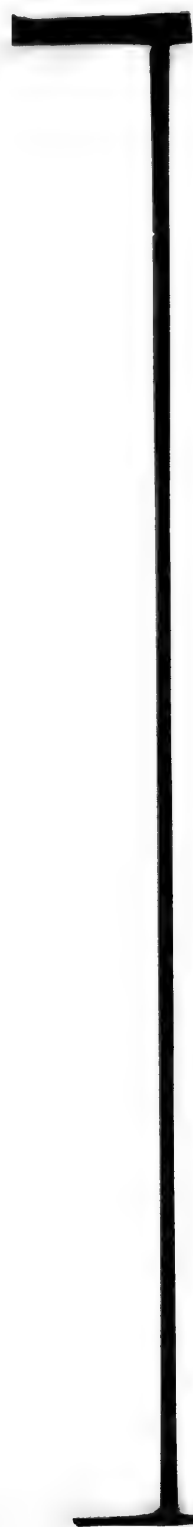
había andado errante antes que ella, y ahora á cada golpe de los remos se acercaba más y más.

En ese momento, desde su puesto en la proa del bote, se levanta uno de los remeros, y como para dar aviso por si otros cual ellos navegaban en esas tristes y obscurísimas corrientes, tocó una trompa: la tosca sinfonia corrió por medio de las largas filas de columnas y frondosos corredores, rompiendo el sello del silencio y dando lenguas á la floresta; las banderolas de musgo se agitaron levemente con el sonido; innumerables ecos despertaron y murieron á lo lejos, sobre la superficie de las aguas y bajo las retumbantes ramas. Pero nadie respondió en la obscuridad; y cuando los ecos cesaron, pareció que se producía una sensación de dolor. Pronto se durmió Evangelina; los lancheros remaron durante la noche, callados á veces, á veces repitiendo las canciones familiares á los bogadores del Canadá, como las que ellos entonaban en épocas pasadas en sus propios rios de la Acadia. Y en medio de la noche se escucharon los misteriosos ruidos de la soledad, bien lejos, cual los de la ola ó del viento en la floresta, confundidos con los gritos de la grulla y los rugidos del horrible aligador.

y ahora á
más y más.
en la proa
eros, y co-
ellos na-
simas co-
a sinfonía
de colum-
piendo el
a floresta;
levemente
espertaron
ficie de las
s. Pero na-
cuando los
ducía una
nió Evan-
ante la no-
tiendo las
es del Ca-
en épocas
Acadia. Y
on los mis-
lejos, cual
resta, con-
a y los ru-







S
n
n
n
l

a
e
d
p
li
b

Así fué como luego, antes que apareciese el nuevo día, atravesaron esas oscuridades; delante de ellos extendíanse al dorado sol los lagos del Atchafalaya. Los lirios del agua se mecían por millares con las ligeras ondulaciones formadas por los remos



al pasar, y, esplendente de hermosura, el loto erguía su corola de oro sobre las cabezas de los remeros. El aire estaba lánguido con el perfumado aliento de las flores de la magnolia y con el calor del mediodía, é innumerables islas pobladas de bosques y cubiertas de

espesos y floridos zarzales de rosas, próximos á cuyas riberas se deslizaban les invitaban al



descanso. Sus remos fatigados se detuvieron muy luego junto á la más bella de estas islas; se ató cuidadosamente el bote bajo el follaje de los sauces de Wachita que crecían á la orilla, y, esparciéndose los viajeros por la verde yerba, cansados con el incesante trabajo de la noche, se tendieron á dormir. Sobre ellos se levantaba, extendida y elevada, la copa de un cedro; de sus corpulentas ramas se balanceaban las bignonias, y las guías de las parras

dejaban caer sus escaleras de mimbré, cual

la de Jacob, en cuyas colgantes gradas los ángeles que subían y bajaban eran los ligeros picaflores que revoloteaban de rama en rama. Tal fué la visión que Evangelina tuvo al dormir bajo su sombra. Su corazón rebo-saba de amor y el resplandor de un abierto cielo iluminaba su alma en el sueño con la gloria de las regiones celestiales.

Más y más cerca, entre las innumerables islas apareció un ligero y rápido bote, que apresuraba su paso sobre el agua conducido en su carrera por los vigorosos brazos de cazadores y tramperos. Su proa estaba dirigida há-



cia el norte, hacia la tierra del bisonte y del castor. En el timón se sentaba un mancebo de semblante pensativo y abatido; negros y descuidados rizos daban sombra á su rostro y una tristeza prematura para sus años diseñábase visiblemente sobre su rostro. Era Gabriel, cansado de esperar, desgraciado é intranquilo, que iba á buscar á los desiertos del Oeste olvido de si mismo y de sus pesares. Se deslizaban rápidamente, allegados á sotavento de la isla, pero por la ribera opuesta y ocultos por los abanicos de palmeras, de modo que no vieron ni al bote que permanecía escondido bajo los sauces ni á sus tripulantes no perturbados por el golpe de los remos. No hubo allí un angel de Dios que despertase á la dormida joven. Veloces proseguían su camino, cual la sombra de una nube en la pradera.

Después que el ruido de los remos en los toletes se apagó en la distancia, los que dormían se despertaron como de un mágico éxtasis, y la joven dirigiéndose al bondadoso sacerdote, le dijo entre suspiros:

—¡Oh! padre Feliciano, algo me dice en el corazón que cerca de mí está Gabriel! ¿Es un sueño loco, un enfermizo y vago presenti-

miento? ¿O ha pasado algún ángel y revelado la verdad á mi espíritu?

En seguida, ruborizándose, añadió:

—¡Pobre de mi crédula fantasía! tales palabras carecen de sentido para vos.

Pero el venerable anciano respondió sonriéndose:

—Hija mia, tu modo de pensar no es vano: tiene para mí un significado. El sentimiento es profundo y tranquilo y las palabras que produce son cual la flotante boya que indica donde está oculta el ancla. Confía, pues, en tu corazón y en lo que el mundo llama ilusiones. Gabriel, de seguro, está muy cerca; porque no lejos de aquí, hacia el sur, en las orillas del Teche, se levantan las ciudades de San Mauro y San Martín. Allí, la novia por tanto tiempo errante, será de nuevo entregada á su prometido; allí, el pastor tanto tiempo ausente, recobrará su redil. Bella es la comarca con sus praderas y sus bosques de árboles frutales; á los pies, jardines de flores, y en lo alto el más azul de los cielos se dilata, apoyando su cúpula en los muros de la floresta: los que allí viven la llaman el edén de la Luisiana.

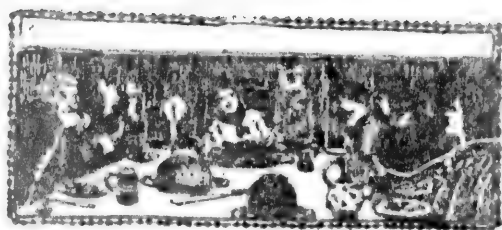
Con estas palabras de aliento se levantan y

continúan el viaje. La noche llegó insensiblemente. El sol desde el poniente extendía sobre el paisaje, cual un mago, su varilla de oro; se levantaban vapores resplandecientes, y el cielo y las aguas y la floresta parecían todos incendiarse á su contacto y fundirse y mezclarse juntos. Suspendido entre dos cielos, como una nube con orlas de plata, flotaba el bajel con sus rutilantes remos sobre la inmóvil superficie del agua. El corazón de Evangelina se llenó de dulzura y conmovidas las sagradas fuentes del sentimiento con el mágico hechizo, ardían con la llama del amor, cual los cielos y las aguas que la rodeaban. Entonces de un frondoso bosque inmediato, el pájaro burlón, el más agreste de los cantores, balanceándose en lo alto de una rama de sauce que colgaba sobre el agua, hizo brotar de su pequeña garganta tales torrentes de deliciosos trinos que el aire entero y los bosques y las ondas parecían escucharle silenciosos. Las modulaciones fueron al principio tristes y doloridas; después, exaltándose hasta el delirio, parecían seguir ó guiar la orgía de las frenéticas bacantes; notas desligadas oyéronse, por último, en melancólicos lamentos, hasta que juntándolos

todos, los dejó escapar en tono sarcástico, como cuando después de una tormenta una ráfaga de viento sacude de las copas de los árboles la bulliciosa lluvia que cae en cristalinas gotas sobre las ramas. Con tal preludio y con los corazones palpitantes de emoción, entraron lentamente en el Teche, en el punto en que franquea el verde Opelousas; y al través del ambiente perfumado, por sobre las copas de los árboles del bosque, divisaron una columna de humo que se levantaba de una habitación cercana y oyeron los sonidos de un cuerno y el lejano balido del ganado.







III

PRÓXIMA á las orillas del río y sombreada por encinas, cuyas ramas cubrían guirnaldas de musgo de España y las sagradas flores del muérdago que colgaban graciosamente, cual las que cortaban los Druidas con segures de oro el día de Navidad, se levantaba apartada, silenciosa, la casa del pastor. La rodeaba un jardín con una cintura de exhubérantes flores que llenaban el aire con su fragancia. La casa era de postes cortados de los cipreses y cuidadosamente ajustados entre si; el techo bajo y extenso, y ancho y espacioso corredor sostenido por delgadas columnas entrelazadas con rosas y parras, asilo preferido de los picaflores y abejas,

la circundaba del todo. En cada extremidad de la casa, en medio de las flores del jardín, estaban colocados los palomares, cual símbolo de perpetuo amor, con sus escenas de interminables ternuras y eternas disputas de rivales. El silencio reinaba por doquiera. La línea de la sombra y de la luz llegaba casi á



las copas de los árboles, pero la casa estaba ya sin sol, y de lo alto de la chimenea, ascendiendo y extendiéndose lentamente por el aire de la tarde, se levantaba una ténue columna de humo. En la parte posterior de la casa, desde la puerta del jardín, corría una senda al través de los grandes grupos de en-

ernidad de
ardín, es-
el símbolo
de inter-
as de riva-
quiera. La
aba casi á



casa estaba
imenea, as-
nente por el
a ténue co-
sterior de la
, corría una
rupos de en-







C
M
C
S
a
v
P
ta
lo
ta
n
lo
de
su
pe

cinas, á los lindes de la pradera ilimitada, á cuyo mar de flores el sol iba lentamente descendiendo. Alumbrados por la moribunda luz del astro del día, como los buques con sus velas que cuelgan inextendidas en una no interrumpida calma de los trópicos, se dibujaba un grupo de árboles con sus enmarañados lazos de vides.

Precisamente en el punto en que los árboles se tocan con la florida superficie de la pradera, montado en su caballo, con silla y estribos á la española, estaba el guarda del rebaño vestido con polainas y justillo de piel de venado. Ancho y atezado era su rostro, y cubierto con sombrero español, contemplaba silencioso el país con la arrogante mirada del amo. A su alrededor innumerables rebaños de vacas pastaban tranquilas en la pradera, respirando los frescos vapores que se levantaban del río y se esparcían por el aire. Alzó lentamente el cuerno que colgaba á su costado, é inflando su ancho pecho, dió un sonido que repercutió agreste y melodioso y á lo lejos, en medio del apacible y húmedo aire de la tarde. Al punto alzaron de la yerba sus largos y blanquecinos cuernos, cual copos de espuma en las opuestas corrientes del

océano. Miraron por un momento silenciosos, después se precipitaron balando por la pradera, y muy pronto la masa entera se convirtió en una nube, una sombra en la distancia. Entonces, como se volviese el pastor á su casa, por la puerta del jardín vió al sacerdote y á la joven que avanzaban á su encuentro. Como aterrado, salta á toda prisa del caballo y corre con los brazos abiertos, prorrumpiendo en exclamaciones de sorpresa. Ellos, cuando lo vieron de cerca, reconocieron á Basilio el herrero. ¡Cuán de corazón era la alegría que lo embargaba mientras conducía á sus huéspedes por el jardín! Ahí, en una enramada de rosas, con interminables preguntas y respuestas, dieron expansión á sus corazones y renovaron sus amistosos abrazos, por intervalos riéndose y vertiendo lágrimas, á veces callados y pensativos. Pensativos porque Gabriel no llegaba. Por momentos, dudas y sombríos presentimientos asaltaban el corazón de la joven. Basilio, un tanto embarazado, rompió el silencio y dijo:

—Si se han venido por el Atchafalaya, ¿cómo no han encontrado en alguna parte en los canales el bote de mi Gabriel?

Al oír las palabras de Basilio una sombra

atravesó la faz de Evangelina, las lágrimas se agolparon á sus ojos y exclamó con tembloroso acento:

—¡Partido! ¿Gabriel ha partido?

Ocultó su rostro entre los brazos de Basilio, su oprimido corazón se desbordó y lloró amargamente. Entonces el buen herrero dijo, y su voz se tornaba alegre á medida que hablaba:

—Ten buen ánimo, hija mía; apenas hoy es cuando ha partido.

¡Muchacho loco que me ha dejado solo con mis rebaños y mis caballos! Se había puesto inquieto y caprichoso; su alma atormentada y disgustada no ha podido soportar por más largo tiempo la quietud de esta tranquila existencia. Pensando siempre en tí, incierto y melancólico siempre, siempre silencioso, ó hablando sólo de tí y de sus pesares, llegó por último á hacerse cansado para los hombres y las jóvenes, aún cansado para mí, hasta que al fin reflexioné y lo he enviado á la ciudad de Adayes á vender mulas á los españoles. De allí seguirá las huellas de los indios que se dirijan á las montañas Ozark, juntando pieles en los bosques y armando trampas á los castores en los ríos. Por lo tanto, no te desa-

Se oyeron entonces alegres voces, y del lado del río, llevado en brazos de sus camaradas, apareció Miguel el violinista. Largo tiempo había residido bajo el techo de Basilio, cual un dios en el Olimpo, sin otro cuidado que el de hacer oír la música á los mortales. Desde lejos se le reconocía por sus plateados risos y su violín. ¡Viva! ¡vivo tiempo! ¡Viva Miguel, exclaman, nuestro valiente músico! al divisarlo conducido en triunfal procesión. El padre Feliciano avanzó con Evangelina, saludando al anciano amistosamente, conversando y recordando el pasado, mientras Basilio, encantado, aplaudía con gran júbilo á sus antiguos compañeros y camaradas, riéndose largo y recio y abrazando á diestra y siniestra. Maravilláronse en gran manera al ver las riquezas del antiguo herrero, todas sus heredades y sus rebaños, y su aspecto patriarcal. Maravilláronse mucho al oir sus rela-

Se oyeron entonces alegres voces, y del lado del río, llevado en brazos de sus camaradas, apareció Miguel el violinista. Largo tiempo había residido bajo el techo de Basilio, cual un dios en el Olimpo, sin otro cuidado que el de hacer oír la música á los mortales. Desde lejos se le reconocía por sus plateados risos y su violín. ¡Viva! ¡vivo tiempo! ¡Viva Miguel, exclaman, nuestro valiente músico! al divisarlo conducido en triunfal procesión. El padre Feliciano avanzó con Evangelina, saludando al anciano amistosamente, conversando y recordando el pasado, mientras Basilio, encantado, aplaudía con gran júbilo á sus antiguos compañeros y camaradas, riéndose largo y recio y abrazando á diestra y siniestra. Maravilláronse en gran manera al ver las riquezas del antiguo herrero, todas sus heredades y sus rebaños, y su aspecto patriarcal. Maravilláronse mucho al oír sus rela-

tos acerca del suelo y clima del país y de las praderas, cuyos innumerables pobladores serían de quien quisiese tomarlos. Cada uno pensaba en sus adentros que ellos también irían y harían otro tanto. Así subieron las gradas, y atravesando el fresquísimo corredor, entraron á la sala de la casa, donde ya la cena de Basilio aguardaba su tarda llegada; y se quedaron y cenaron juntos.

En medio de la alegre fiesta descendió la noche repentina: por afuera todo estaba silencioso; la luna alumbraba hermosa con sus plateados rayos, y millares de estrellas, como húmedas de rocío, subían por el cielo. Pero más brillantes que ellas, en el interior de la casa, lucían los rostros de los amigos á la resplandeciente luz de la lámpara. El pastor, desde su asiento, á la cabecera de la mesa, no cesaba de vaciar hasta lo último su corazón y su copa juntamente en interminable profusión. Encendiendo su pipa llena de tabaco natchitoche, habló así á sus huéspedes, que le escuchaban sonriendo:

—Una vez más, sed los bienvenidos, amigos míos, que tan largo tiempo habeis estado sin hogar y sin amigos; bienvenidos una vez más á una morada que acaso es mejor que la an-

tigua. Aquí no hiela nuestra sangre, cual los ríos, un calamitoso invierno; aquí, el terreno pedregoso no despierta la ira del labrador; aquí, la reja del arado corre sin tropiezo por el suelo, cual la quilla por el agua. Todo el año las arboledas de naranjos están en flor, y la yerba crece más en una sola noche que en todo un verano en el Canadá. Aquí también, innumerables rebaños silvestres vagan sin dueño por las praderas; aquí también se adquieren las tierras con sólo pedir las, y bosques de maderas de construcción con unos cuantos hachazos quedan preparados y convertidos en casas. Después de edificadas vuestras habitaciones, y después que vuestros campos amarilleen con las siembras, ningún rey Jorge de Inglaterra os arrancará de vuestras moradas, quemando vuestras viviendas y graneros y confiscando vuestras heredades y ganados.

Al pronunciar estas palabras se inflaron las ventanillas de su nariz; su enorme y atezada mano cayó con tan tremendo ruido sobre la mesa que todos los huéspedes se estremecieron; y el padre Feliciano, todo turbado, se detuvo de repente en la mitad al llevar el rapé á sus narices. El buen Basilio

continuó con palabras más pacíficas y alegres:

—¡Guardaos sólo de la fiebre, amigos míos, guardaos de la fiebre! porque no es cual la del frío clima de nuestra Acadia que se cura colgando del cuello una araña encerrada en una cáscara de nuez.

En ese momento se oyeron voces en la puerta y pasos que se aproximaban resonaron sobre las gradas y el piso del corredor, que refrescaba la brisa. Eran los criollos de la vecindad y pequeños plantadores de la Acadia que habían sido todos citados á la casa de Basilio el pastor. Alegre fué el encuentro de los antiguos camaradas y vecinos: el amigo estrechaba al amigo en sus brazos; y los que antes eran como extraños, encontrándose en el destierro, se miraban al punto como amigos, arrastrados por los dulces lazos de una patria común. Mas, las armoniosas melodías de las afinadas cuerdas del violín de Miguel, que resonaban en el aposento vecino, impidieron que la conversación pasase adelante. En seguida, cual si fuese un sueño, regocijándose como niños, olvidados de todo, se entregaron, con radiantes ojos y flotando los ondulantes trajes, á los locos y rápidos gi-

ros de una vertiginosa danza, ya inclinándose para un lado ó para otro, ya huyendo de carrera, al compás de la música.

Entre tanto, apartados, en la extremidad de la sala, estaban sentados el sacerdote y el pastor, conversando juntos del pasado, del presente y del porvenir. Evangelina, por su parte, permanecía absorta, porque dentro de su pecho se levantaban las memorias de otro tiempo; en medio de la música, oía el ruido ronco del mar; una tristeza indecible se apoderó de su corazón y sin que la notasen se escapó hacia el jardín. La noche estaba hermosa. Tras el oscuro linde del bosque, plateando las copas de los árboles, alzabase la luna: en el río, sus trémulos rayos caían aquí y allá, al través de las ramas, cual los dulces pensamientos de amor en una alma errante y entristecida. Más cerca y á su alrededor, las variadas flores del jardín exhalaban sus almas en aromas que eran sus súplicas y confidencias á la noche, que seguía su camino cual silencioso cartujo. Más perfumado que ellas y cual un cielo obscurecido con las sombras y vapores de la noche, estaba el corazón de la joven. La serena y mágica luz de la luna parecía inundar su alma con indefinibles an-

sias; atravesó por en medio de la éntada del jardín, bajo la obscura sombra de las encinas, siguiendo á lo largo la senda hasta el borde de la pradera interminable. Toda estaba silenciosa; plateadas nieblas la entoldaban, y las luciérnagas relucían y volaban á lo lejos, mezclándose en número infinito. Sobre su frente, las estrellas, los pensamientos de Dios en los cielos, empañadas para los ojos del hombre que ha cesado de admirarlo y adorarlo, hasta el día en que un brillante cometa atraviesa las paredes de ese templo, cual si una mano hubiese aparecido y escrito sobre ellas: «¡Phares!»

Y el alma de la joven erraba solitaria entre las estrellas y las luciérnagas, y exclamaba:

—¡Oh! Gabriel, mi bien amado, ¿tan cerca de mí te encuentras y aún no puedo verte? ¿Tan cerca de mí te encuentras y aún tu voz no llega donde yo estoy? Ah! cuantas veces habrá recorrido tu planta esta senda de la pradera! ¡Cuán á menudo tus ojos habrán mirado los bosques que me cercan! ¡Qué de veces, volviendo del trabajo, te habrás sentado á descansar bajo esta encina y á soñar conmigo mientras dormías! ¿Cuando te ve-

rán estos ojos? ¿Cuándo te podrán estrechar estos brazos?

De repente se oyó el canto sonoro y cercano de la *gallina ciega*, cual una flauta en el bosque, y pronto, en medio de las vecinas espesuras, flotó más y más lejano, desvaneciéndose en el silencio.

—Resignación! murmuraron las encinas desde las proféticas cavernas de la obscuridad, y de la pradera bañada por la luna, un suspiro respondió:

—¡Mañana!

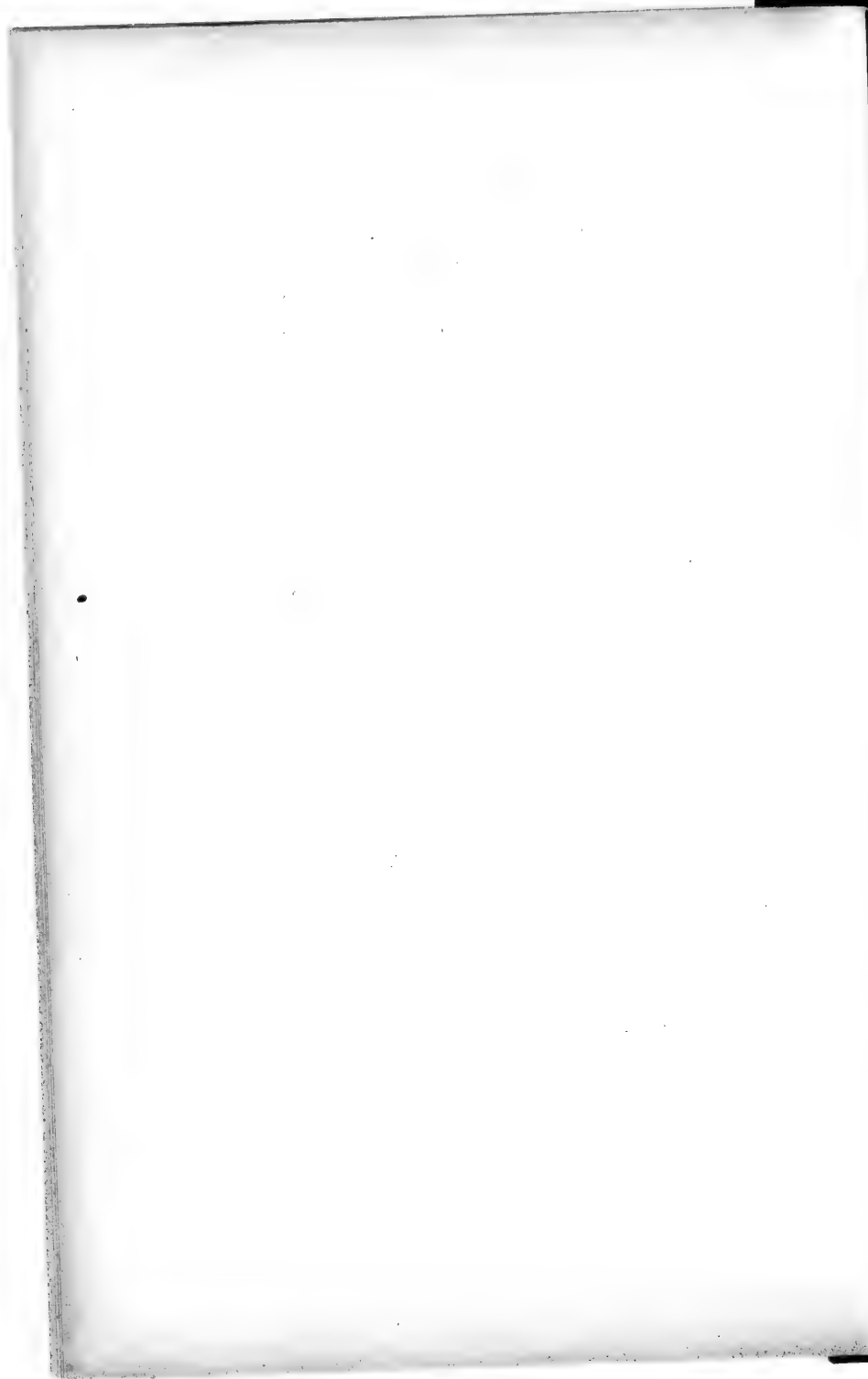
El sol se levantó hermoso al día siguiente; todas las flores del jardín bañaban de lágrimas sus relucientes plantas y perfumaban sus cellos con el delicioso bálsamo de sus vasos de cristal.

—¡Adios! murmuró el sacerdote al detenerse en el umbral cubierto por las sombras; procurad traernos al hijo pródigo que ayuna y tiene hambre, como también á la virgen necia que se durmió al acercarse su prometido!

—Adios! respondió la joven, y sonriéndose descendió con Basilio hasta las márgenes del río, donde ya los remeros estaban listos esperando.

Así comenzaron su viaje con la mañana, al lucir el sol y en medio de la alegría; y veloces siguieron las huellas de aquel que huía delante de ellos, impelido por el soplo del destino, cual una hoja muerta sobre los arenales. Ni este día, ni el siguiente, ni todavía el que sucedió, dieron con los rastros de su paso, en los lagos, en las florestas ó en los ríos, ni después de muchos días lo habían encontrado aún: sólo vagos é inciertos rumores fueron sus guías al través de un país agreste y desolado; hasta que descendieron en la pequeña ciudad española de Adayes, fatigados y aniquilados, y supieron del locuaz posadero que el día anterior, con caballos y guías y compañeros, Gabriel había partido y tomado el camino de las praderas.





c
s
g
o
r
C
é
A
h
s
r
in



IV

LEJOS hácia el oeste existe una comarca desierta en que las montañas elevan, en medio de perpetuas nieves, sus empinadas y luminosas cumbres. Al pie de sus escarpadas y profundas quebradas, cuyas gargantas, cual la puerta de los cercados, ofrecen un áspero pasaje á las ruedas del carro del emigrante, corren hacia el oeste el Oregón, el Walleway y el Owyhee. Hacia el éste con sinuoso curso, en medio del valle del Agua Dulce, precipitado salta el Nebraska. Y hacia el sur, desde *La Fontaine qui bout* y las sierras españolas, cargados de arenas y de rocas y barridos por el viento del desierto, innumerables torrentes con incesante ruido

descienden al océano con profundas y solemnes vibraciones, cual las de las cuerdas gruesas del harpa. Entre estos torrentes se extienden las portentosas y bellas praderas, ensenadas en que la yerba forma oleaje, siempre



alternando entre la sombra y el resplandor del sol, y relucientes con exhuberantes grupos de rosas y purpúreas amorfas. Sobre ellas vagan los rebaños de búfalos y el alce salvaje y el corzo; sobre ellas vagan los lobos y manadas

de caballos indómitos; fuegos que vuelan y consumen y vientos fatigados con los viajes; sobre ellas vagan las dispersadas tribus de los hijos de Ismael, manchando con sangre el desierto, y arriba, frente á sus terribles rastros de carnicería, formando espirales y á todo vuelo, sube el buitre con sus magestuosas alas, escalando los cielos por gradas invisibles, cual si fuese el implacable espíritu de algún caudillo sanguinario en el combate. Aquí y allá levántanse humos de los campamentos de esos salvajes merodeadores; aquí y allá se divisan arboladas á las márgenes de los correntosos ríos; y el oso feroz, siempre taciturno, el monge anacoreta del desierto, desciende de sus oscuras cavernas para cavar las raíces de los árboles del lado del arroyo; y por sobre todo, el cielo, el firmamento, claro y puro como un cristal, parece la mano protectora de Dios extendida sobre ellos.

En esta maravillosa comarca, al pie de las montañas Ozark, Gabriel había penetrado hasta muy al interior, acompañado por cazadores y tramperos. Día tras día, con sus guías indios, la joven y Basilio seguían sus fugitivos pasos, pensando siempre alcanzarlo. Algunas veces vieron ó se figuraron ver el

humo del fuego de su campamento levantarse de la distante llanura en el aire de la mañana; pero al caer la noche, cuando habían alcanzado al lugar, encontraban sólo tizones y cenizas. Y aunque sus corazones estaban tristes por momentos y sus cuerpos fatigados, la esperanza guiábalos aún más allá, cual la mágica Morgana al mostrarles sus lagos de luz, que hacía retirar y desaparecer cuando se acercaban. Un día, estando sentados junto al fuego de la tarde, se acercó silenciosamente al pequeño campamento una mujer india, en cuyas facciones se pintaban profundas huellas de dolor y una resignación tan grande como sus pesares. Era una india shawnee que volvía á su pueblo desde las lejanas tierras de caza de los crueles camanches, donde su marido, natural del Canadá, un *coureur des bois*, había sido asesinado. Su historia conmovió los corazones de todos; y después de prodigarle la más afectuosa acogida, procuraron consolarla, y sentándose comió con ellos de la misma cena de carne de búfalo y de venado asada sobre las brasas. Cuando se concluyó la comida, cuando Basilio y sus compañeros, fatigados con la marcha de un largo día y con la caza del venado y del bisonte, se

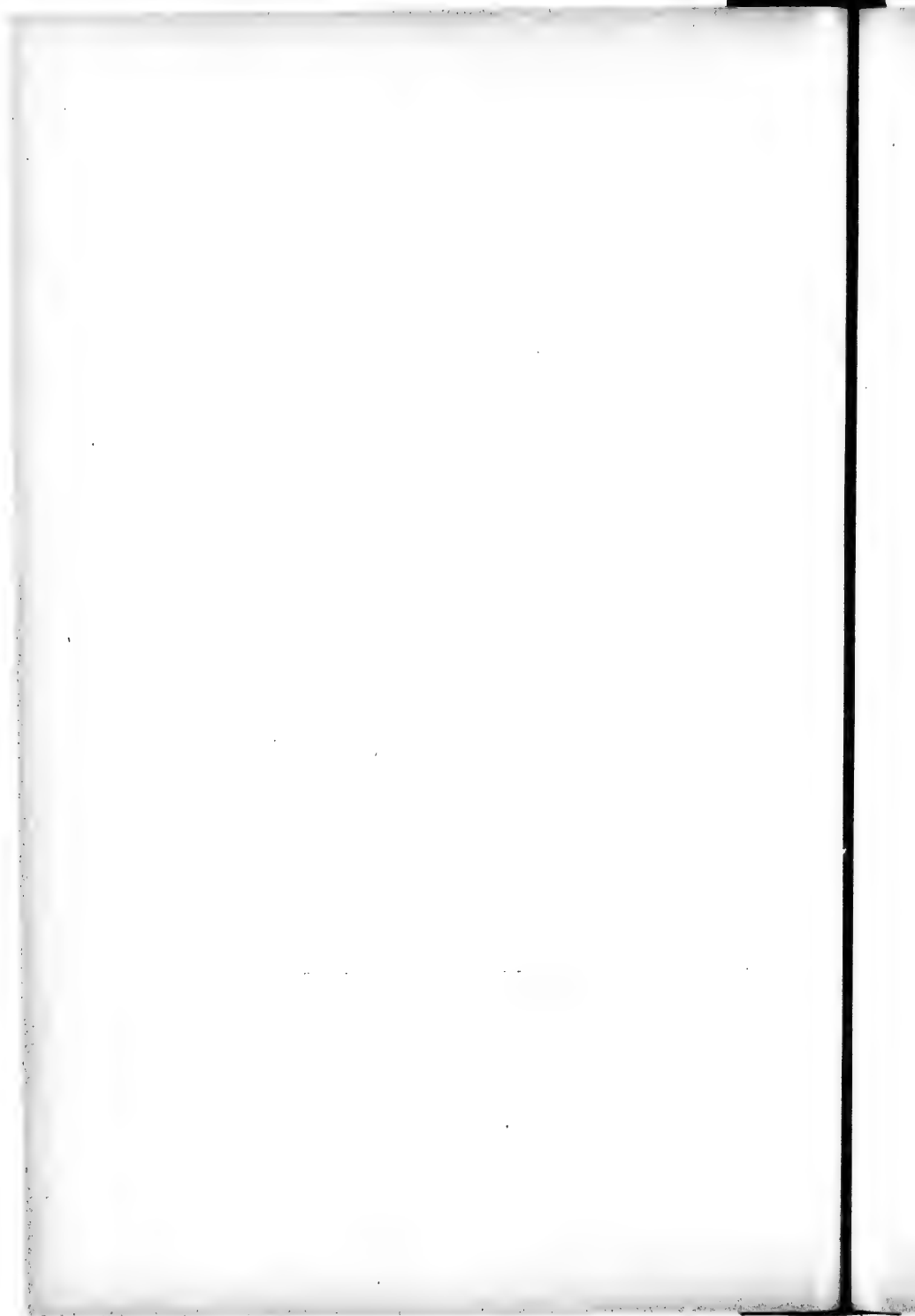
tendieron en el pasto y envueltos en sus mantas, se durmieron junto á la temblorosa llama del fuego que se reflejaba en sus tostadas mejillas; entonces, sentada á la puerta de la tienda de Evangelina, repitió lentamente con dulce y acallada voz y con el encanto de su acento indio, toda la historia de su amor, con sus alegrías y sus penas y contratiempos. Mucho lloró Evangelina al escucharla, pensando en que otro corazón desgraciado, cual el suyo, había amado sin poder realizar sus esperanzas. Conmovida hasta lo íntimo de su alma por su piedad y compasión de mujer, se sentía, sin embargo, dichosa en sus pesares, al hallarse junto á quien también había sufrido. A su vez, le refirió su amor y sus desgracias. La shawnee permanecía muda de extrañeza: Evangelina había terminado ya y aún callaba. Pero al fin, cual si un misterioso horror se hubiese apoderado de su pecho, habló y contó la historia de Mowis, de Mowis el novio de nieve, que cortejó á una joven y se casó con ella, pero que al venir el día, se levantó y salió de la cabaña y fué desvaneciéndose, fundiéndose y disolviéndose á los rayos del sol, sin que consiguiese verlo más, aunque lo siguió hasta muy adentro

en el bosque. Luego, con la misma voz baja y dulce, que parecía un mágico encantamiento, refirió la historia de la hermosa Lili-nau, que cortejada por un fantasma, entre los pinos que daban sombra á la casa de su padre, en el silencio del crepúsculo, suspiraba como la brisa de la tarde y le hablaba muy quedo de amor á la joven; hasta que un día siguió ella su penacho verde en la floresta, sin que jamás tornara ni se la volviese á ver. Muda de admiración escuchaba Evangelina el dulce embeleso de estas mágicas palabras, hasta que la región que la rodeaba le pareció una tierra encantada, de la cual su atezada huésped debía ser la hechicera. Lentamente, sobre las cumbres de las montañas Ozark, se mostró la luna, iluminando la reducida tienda, tocando con misterioso resplandor las sombrías hojas y abrazando y llenando el bosque. Con delicioso murmurio corría el arroyuelo y las ramas vibraban y suspiraban sobre sus cabezas en susurros apenas perceptibles. El corazón de Evangelina se llenó de pensamientos de amor, pero una sensación secreta, sutil, se infiltraba en él con doloroso é indefinible terror, cual la fría, venenosa culebra se enros-

la voz ba-
encanta-
rosa Lili-
entre los
de su pa-
suspiraba
laba muy
ue un día
floresta,
ese á ver.
vangelina
cas pala-
odecaba le
la cual su
cera. Len-
las mon-
uminando
misterioso
ubrazando
oso mur-
ramas vi-
cabezas en
corazón de
s de amor,
l, se infil-
efinible te-
se enros-







ca en el nido de la golondrina. No era un temor terrenal: un soplo venido de las regiones de los espíritus parecía flotar en el aire de la noche; y por un momento se imaginó que ella también, cual la joven india, perseguía un fantasma. Y con este pensamiento se durmió, desvanecidos ya el temor y el fantasma.

Temprano en la mañana se emprendió de nuevo la marcha. La mujer shawnee les dijo durante el viaje:

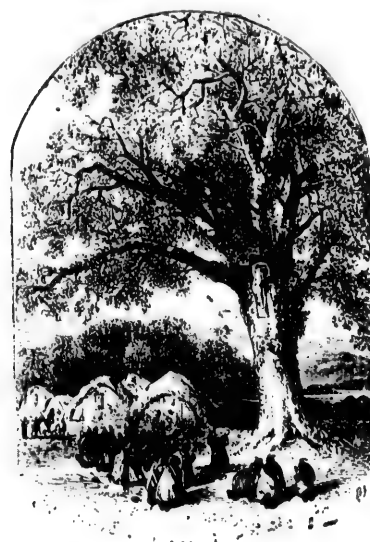
—En la falda occidental de estas montañas, en una pequeña aldea, habita el Vestido-Negro, jefe de la misión. Enseña muchas cosas al pueblo; les habla de María y de Jesús, y sus corazones se regocijan de alegría ó lloran de pena al escucharlo.

Evangelina, agitada por una súbita emoción, exclamó:

—¡Vamos á la misión, porque allí buenas nuevas nos aguardan!

Dirigieron sus pasos hacia ese punto; y tras un recodo de las montañas, justamente cuando el sol se ponía, oyeron un murmullo de voces; en una pradera verde y extensa, á orillas del río, divisaron las tiendas de los cristianos, las tiendas de las misiones de los jesuitas. Bajo una elevada encina que se alzaba en medio de

la aldea, estaba arrodillado el Vestido-Negro con sus hijos. Un crucifijo atado en lo alto del tronco del árbol y resguardado por las hojas de las parras, miraba con su rostro agonizante á la multitud prosternada á sus



pies. Esa era la capilla campestre. Hacia arriba, al través de los intrincados arcos de su aéreo techo, se elevaban las voces, cantando visperas, mezclando sus acentos con los apacibles susurros y suspiros de las ramas.

En silencio, con la cabeza descubierta, los viajeros aproximándose más, se arrodillaron en el suelo y se unieron á sus devociones de la tarde. Pero cuando la oración se concluyó y la bendición cayó de las manos del sacerdote, como la simiente de las manos del labrador, el hombre venerable avanzó lentamente hacia los extranjeros y les dió la bienvenida. Al responderle se sonrió con aire afable al escuchar en las selvas los acentos de su lengua materna, y con palabras llenas de bondad los condujo á su choza. Allí, descansando sobre pieles y esteras, cenaron galletas fabricadas con harina de maiz y apagaron su sed en el calabazo lleno de agua del misionero. Luego refirieron su historia. El sacerdote añadió con aire solemne:

—Seis soles no se han levantado y puesto todavía desde que Gabriel, sentado en esta estera, á mi lado, donde ahora reposa la doncella, me contó la misma triste historia; después se levantó y continuó su camino.

La voz del sacerdote era dulce, hablaba con un acento de bondad, pero sus palabras cayeron sobre el corazón de Evangelina como los copos de nieve en el invierno en al-

gún solitario nido del cual los pájaros han partido.

—Se ha ido lejos hacia el norte, continuó el sacerdote; pero en el otoño, cuando haya terminado la caza, retornará otra vez á la misión.

Entonces Evangelina dijo con acento sumiso y resignado:

—Permitid que me quede con vos, porque mi alma se encuentra triste y afligida.

Esto pareció á todos natural y juicioso; y á la mañana siguiente muy temprano Basilio montó en su caballo mexicano y se volvió á sus hogares con sus guías indios y compañeros. Evangelina se quedó en la misión.

Lentos, muy lentos unos días se suceden á los otros, y tras ellos las semanas y los meses. Los campos de maíz, cuyos verdes brotes aparecían sobre la tierra cuando había llegado ahí como extranjera, ahora más altos que ella, flotaban elevando sus débiles cañas entrelazadas con las hojas, verdaderos claustros para los cuervos mendicantes y graneros que saqueaban las ardillas. Había llegado la estación de oro en que se desgrana el maíz: las jóvenes se sonrojaban á cada mazorca teñida de rojo que encontraban, porque era pre-

sagio de un novio; se reían al hallar alguna torcida y la llamaban ladrón de las sementeras. Mas, ni la misma mazorca encarnada le trajo su prometido á Evangelina.

—¡Paciencia! decía el sacerdote; ten confianza y tu súplica será escuchada. Mira esa delicada planta que eleva su copa en la pradera, mira como todas sus hojas se dirigen hacia el norte, con tanta seguridad como la aguja magnética: es la flor de la brújula, que el dedo de Dios ha suspendido aquí en su frágil tallo para dirigir los pasos del viajero en este inmenso desierto desolado, sin límites y sin caminos, como el mar. Tal es en el alma del hombre la fe. Las flores de la pasión, (flores risueñas y exhuberantes) son más vistosas é impregnadas de fragancia, pero nos conducen extraviados y su perfume es mortal. Sólo esta humilde planta puede guiarnos aquí, y allá, en lo alto, coronarnos con las flores de asfodelo, bañadas con los rocíos del nepente.

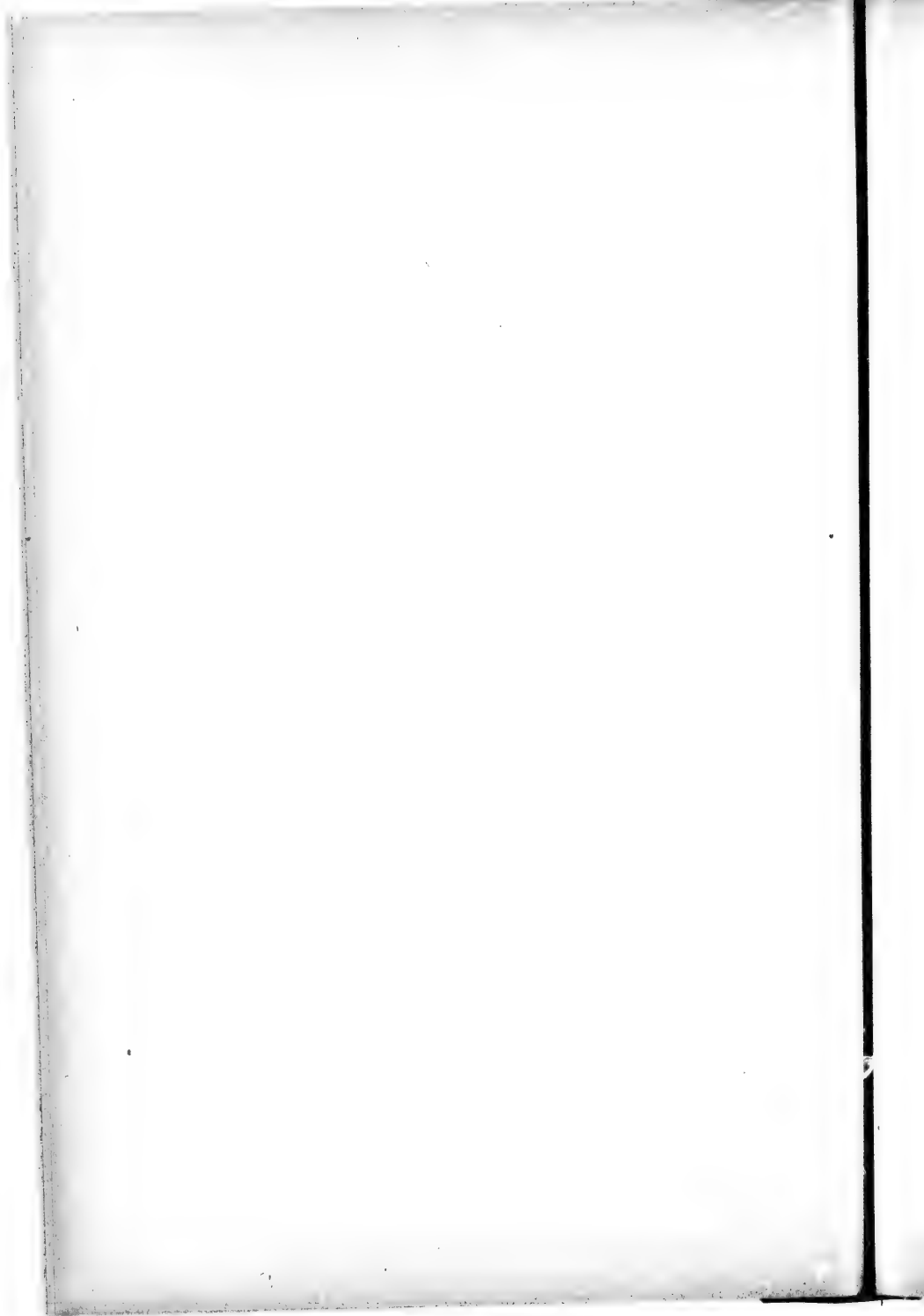
Así llegó el otoño, y pasó, y el invierno, y aún Gabriel no volvía. Florecía la naciente primavera y los cantos del petirrojo y del pájaro azulejo resonaron dulces en la campiña y el bosque, y aún Gabriel no volvía. Pero en el aliento de los vendabales del verano flotaba

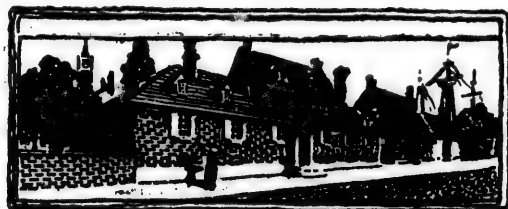
un rumor más dulce que el canto de las aves ó los tintes ó fragancia de la flor. Allá á lo lejos, hacia el norte y al éste, en las florestas del Michigán, se decía que Gabriel tenía sus reales en las riberas del río Saginaw. Evangelina, dando una triste despedida á la misión, partió con guías que se volvían en busca de los lagos del San Lorenzo. Cuando después de fragosos caminos, de largas y peligrosas marchas, penetró á lo más espeso de los bosques del Michigán, encontró las tiendas del cazador desiertas y arruinadas!

Así se deslizaron largos y tristes años. En estaciones y lugares diversos y remotos se vió á la errante joven, ya en las tiendas benditas de los humildes misioneros moravos, ya en los ruidosos campamentos y campos de batalla del ejército, ya en apartados lugarejos, en ciudades y pobladas capitales. Llegaba cual un fantasma, y pasaba, olvidada, su camino. Era joven y hermosa cuando llena de esperanzas emprendió la jornada: estaba ajada y vieja cuando concluyeron sus desengaños. Cada año que se sucedía arrebatava algo á su hermosura, dejando tras sí más anchas y profundas, las tristezas y las sombras. Entonces aparecieron y multiplicáronse ligeras listas

grises sobre su cabeza, albores de una nueva vida que se dibujaba en su horizonte terrenal, cual en el oriente las primeras indecisas líneas de la aurora.



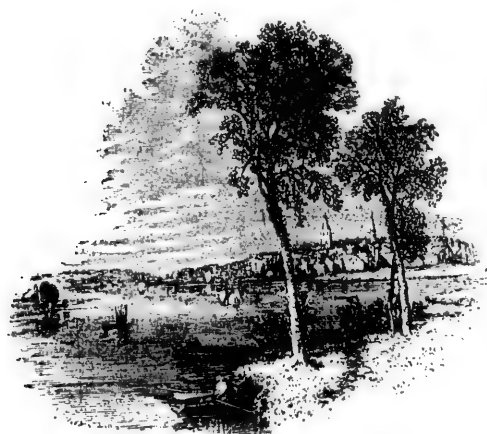




V

EN la deliciosa tierra que bañan las aguas del Delaware y que conserva todavía bajo la sombra de sus bosques el nombre de Penn el apóstol, se levanta en las orillas de sus hermosas corrientes la ciudad que fundó. Allí el aire está todo embalsamado y el durazno es el emblema de la hermosura; las calles recuerdan todavía los nombres de los árboles de la floresta, como si desearan aplacar á las Driades cuyas guaridas han perturbado. Allí fué donde Evangelina, del seno de un agitado mar, había abordado como desterrada y encontrado entre los descendientes de Penn una patria y un hogar.

Allí había muerto el viejo René Leblanc, que al partir sólo vió á su lado á uno de sus cien descendientes. Al menos algo había en las amigas calles de la ciudad, algo que hablaba á su corazón y que no la hacía ya extranjera. Sus oídos se recreaban con el *ti* y el *tú* de los cuáqueros, porque le recordaban el pa-



sado, el antiguo país de la Acadia donde todos se trataban como iguales y eran como hermanos ó hermanas. Así, sin exhalar una queja cuando las inútiles investigaciones y el frustrado anhelo terminaron para no comenzar más sobre la tierra, hacia allá, como

las hojas á la luz, se volvieron sus pensamientos y sus pasos. Cual de las cumbres de las montañas las húmedas nieblas de la mañana desaparecen y desde lejos contemplamos el valle á nuestros pies alumbrado por el sol, con rios que reflejan la luz, y ciudades y aldeas, así se desvanecieron las nieblas de su alma y vió bien abajo de sí el mundo ya sin sombras y todo entero iluminado con amor; el sendero que tenía escalado hasta tan alto se dilataba suave y hermoso en la distancia. Gabriel no había sido olvidado. Dentro de su corazón estaba su imagen adornada con la belleza del amor y de la juventud, cual ella lo vió por última vez, aún realzado por su silencio, cual el de la muerte, y por su ausencia. En sus pensamientos acerca de él no figuraba el tiempo, porque no existía. Sobre él los años nada podían: no estaba cambiado sinó transfigurado; había llegado á ser para su corazón cual alguien que se ha muerto y no ausentado. La resignación y la abnegación de sí misma y la afección para con los demás, tal era la lección que una larga vida de prueba y de pesares le había enseñado. Su amor se había difundido, como esas especias fragantes que no se agotan por más que saturen el

aire con su aroma. No abrigaba otra esperanza ni otro deseo en la vida que seguir humilde, con paso reverente, las sagradas huellas del Salvador. Vivió así muchos años como hermana de la caridad, frecuentando las moradas de desvalidos y desgraciados en las pobladas callejuelas de la ciudad en que la angustia y la miseria se esconden de la claridad del día, en que las enfermedades y la tristeza languidecen olvidadas en las guardillas. Noche tras noche, cuando el mundo se entregaba al sueño, al repetir los serenos en alta voz en medio de las tormentas, por las calles, que todo estaba tranquilo en la ciudad, se veía la luz de su lámpara en alguna elevada y solitaria ventana. Día tras día, á la claridad incierta del alba, cuando el colono alemán con paso lento marchaba por los suburbios con flores y frutas para el mercado, encontraba á una mujer de humilde y pálido rostro que, concluida su velada, volvía á su vivienda.

Aconteció entonces que una epidemia se difundió por la ciudad: se había anunciado por extrañas señales, sobre todo por bandadas de palomas silvestres que obscurecían el sol en su vuelo y sólo llevaban bellotas en sus buches. Y cual las mareas se levantan

- tan en el mes de septiembre, ahogando alguna plateada corriente hasta que se es-
- parcen como un lago en la pradera; así la muerte sumerge la vida, y rebalsando su natural orilla se derrama en un lago de saladas aguas el plateado arroyo de la existencia. Las



riquezas son impotentes para cohechar, la belleza no tiene encantos para el opresor, y todo parece indistintamente bajo el azote de su rabia. Ay! sólo el pobre que no tiene amigos ni deudos se arrastra á morir en un hospital, la casa de los sin casa. En otro tiempo

se detuvo en los suburbios, en medio de las praderas y florestas; ahora la ciudad lo circunda; pero aún, humilde en medio del esplendor, sus modestas paredes con sus rejas y celosías parecen repetir dulcemente las palabras del Señor: «Que los pobres estén siempre con vosotros.» Allí venía día y noche la hermana de la caridad. El moribundo miraba su rostro, creyendo, en verdad, vislumbrar los reflejos de una claridad divina que rodeaban su frente de una radiante aureola, cual la que los artistas dibujan sobre la cabeza de los santos y de los apóstoles, ó como la que se mece por la noche sobre una ciudad vista á la distancia. Ante sus ojos parecían las luces de la ciudad celestial á cuyas distantes moradas bien pronto entraría.

En la mañana de un día de fiesta, al través de las calles desiertas y silenciosas, proseguía tranquila su camino, hasta que franqueó la puerta del hospital. Suave con el aire del verano era el perfume de las flores del jardín; y se detuvo en su marcha para recoger las más bellas que irían todavía á alegrar al moribundo con su fragancia y hermosura. Subió las gradas y llegó á los corredores, refrescados por el viento del oeste; las armonías del campana-

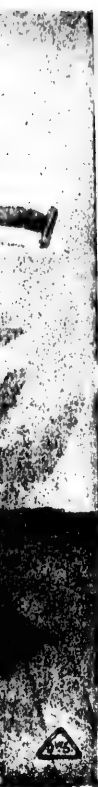
rio de la iglesia de Cristo llegaron á sus oídos lejanas y suaves, y entremezclados con ellas, al través de las praderas, eran llevados por el aire los cánticos de los salmos que entonaban los suecos en su iglesia de Wicaco. Con la suavidad del volido del pájaro que desciende, la calma de esa hora cayó sobre su espíritu. Algo dentro de sí le decía: al fin tus días de prueba van á terminar! Y con la mirada radiante entró á las salas del dolor. Sin el menor ruido andaba entre los asiduos, cuidadosos enfermeros humedeciendo los labios secados por la fiebre y las doloridas frentes, cerrando silenciosamente los apagados ojos de los muertos y cubriendo los rostros de los difuntos que yacían en sus camillas, cual los montones de nieve formados por el viento á los lados del camino. Más de una cabeza desfallecida, que se levantaba al entrar Evangelina, tornábase en su almohada de dolor para divisarla al pasar, porque su presencia caía en sus corazones cual un rayo de sol en los muros de una prisión. Y al mirar á su alrededor vió cómo la muerte, la que todo lo consuela, colocando su mano sobre algún corazón, lo había curado para siempre. Muchos rostros familiares habían desaparecido en el transcurso de la noche y sus lugares

estaban vacíos ú ocupados ya por extraños.

De repente, como si se hubiese apoderado de ella un sentimiento de espanto ó de temor, quedó inmóvil, hacia un lado, con sus labios entreabiertos y descoloridos: un estremecimiento corrió por todo su sér, y olvidando las flores, se deslizaron de sus manos, y de sus ojos y mejillas la luz y frescura de la mañana. En ese instante se escapó de sus labios tal grito de terrible angustia que los moribundos lo escucharon y se incorporaron en sus lechos. Ante ella, en una camilla yacía tendido el cuerpo de un hombre, ya anciano. Largos, escasos y grises eran los rizos que sombreaban sus sienes; pero como le daba la luz de la mañana, su rostro, por un momento, pareció recobrar una vez aún los rasgos de una vigorosa juventud: ¡asi suelen cambiarse los semblantes de los que van á morir! En sus labios aún quemaba, ardiente y rojo, el ardor de la fiebre, como si la vida, cual el hebreo, hubiese salpicado con su sangre sus dinteles, que el angel de la muerte debe ver señaladas y pasar. Estaba sin movimiento, insensible, moribundo; su espíritu exánime parecía hundirse en las profundidades infinitas de las tinieblas, obscuridad del sueño y de la muer-

extraños.
oderado de
emor, que-
bios entre-
necimiento
as flores, se
ojos y meji-
En ese ins-
odeterrible
cucharon y
nte ella, en
erpo de un
sos y grises
sus sienes;
mañana, su
ió recobrar
igorosa ju-
semblantes
labios aún
rdor de la
oreo, hubie-
linteros, que
señaladas y
insensible,
parecía hun-
nitas de las
de la muer-







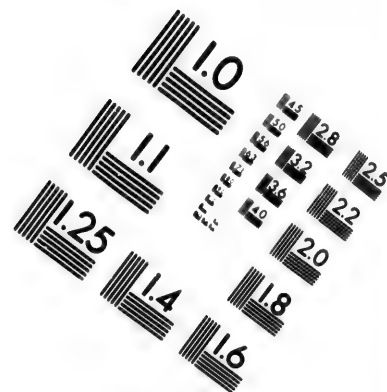
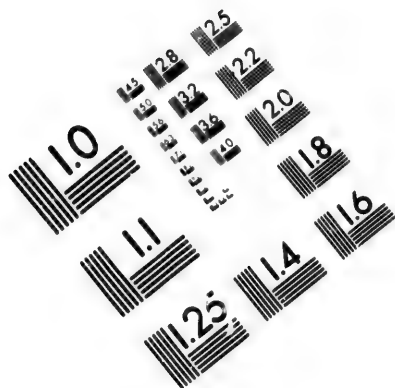
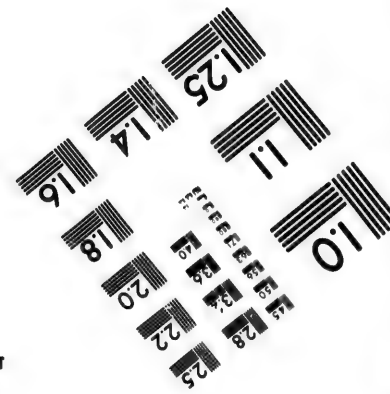
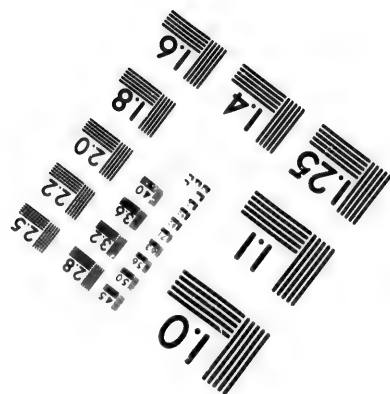
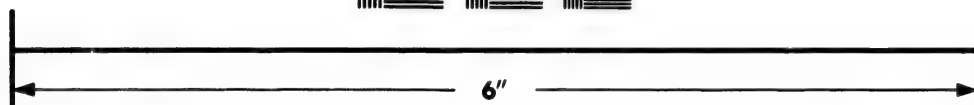
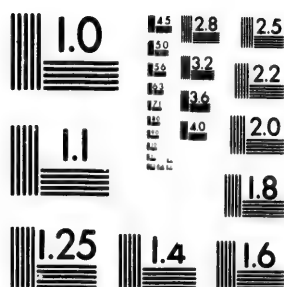


IMAGE EVALUATION TEST TARGET (MT-3)



Photographic
Sciences
Corporation

23 WEST MAIN STREET
WEBSTER, N.Y. 14580
(716) 872-4503



**CIHM/ICMH
Microfiche
Series.**

**CIHM/ICMH
Collection de
microfiches.**



Canadian Institute for Historical Microreproductions / Institut canadien de microreproductions historiques

© 1983



te, hundiéndose y hundiéndose para siempre. Del medio de esos reinos de la sombra, en multiplicadas vibraciones, oyó aquel grito de dolor; en el silencio que sobrevino una voz apacible murmuró con acentos tiernos y como de un angel: «Gabriel, mi bien amado»; y se apagó en el silencio. Entonces vió, en sueños, una vez más la patria de su niñez; las verdes praderas de la Acadia, cruzadas de ríos sombreados por los bosques, y aldea y montaña y floresta; y paseándose á su sombra, cual en los días de su juventud, se le apareció Evangelina en su visión. Las lágrimas se agolparon á sus ojos, y como alzase lentamente sus párpados, se desvaneció la visión; pero entonces vió á Evangelina arrodillada al pie de su lecho. En vano se esforzó por murmurar su nombre; las palabras inarticuladas murieron en sus labios, cuyo movimiento revelaba lo que su lengua hubiese querido pronunciar. En vano se esforzó por incorporarse; Evangelina, arrodillada junto á él, besó sus labios moribundos y le apoyó la cabeza sobre su pecho. Dulce era la luz de los ojos de su amante; mas, de repente se extinguió en la obscuridad, así como una ráfaga de viento apaga una lámpara en la ventana.

Todo había terminado ya: la esperanza, el temor y el pesar, todas las penas del corazón, el inquieto, insaciable anhelo, todos los dolores sombríos y profundos y la perpetua angustia del sufrimiento. Y al estrechar entre su pecho, una vez más, la inanimada cabeza, humilde inclinó la suya, murmurando: «Padre mío, gracias te doy.»



nza, el
cora-
dos los
perpetua
ar entre
cabeza,
«Padre



Aun subsiste la floresta primitiva; pero bien lejos de su sombra, uno al lado del otro, en sus tumbas sin nombre, duermen los amantes. Tras las humildes paredes del pequeño cementerio católico, en el corazón de la ciudad, reposan desconocidos y sin que nadie repare en ellos. Día por día las mareas de la vida corren fluyendo y refluendo junto á ellos, miles de corazones que palpitan cuando los suyos descansan para siempre, miles de cerebros doloridos cuando los suyos ya no se agitan, miles de fatigadas manos cuando las suyas han cesado en sus trabajos, miles de cansados pies cuando los suyos han terminado su carrera!

Aún subsiste la floresta primitiva; pero bajo la sombra de sus ramas mora otra raza de distintas costumbres y lenguaje. Sólo á lo largo de las costas del lúgubre y nebuloso Atlántico permanecen algunos pocos aldeanos de la Acadia, cuyos padres volvieron



errantes del destierro á morir en el seno de su tierra natal. En la choza del pescador el torno y el telar aún trabajan; doncellas llevan aún sus gorros normandos y sus mantos tejidos en la casa, repitiendo junto al fuego del hogar la historia de Evangelina; mientras desde sus peñascosas cavernas, la honda

voz del vecino océano habla y en acentos inconsolables le responden los lamentos de la floresta.



ra; pero
otra raza
Sólo á lo
nebuloso
os aldea-
volvieron

el seno de
escador el
ncellas lle-
us mantos
o al fuego
ina; mien-
s, la honda

